BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

DE PECADORES A SANTOS
O
EN BUSCA DE LA FELICIDAD

2.ª edición

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Con licencia eclesiástica

I.S.B.N.: 84-86-162-31-9
D.L.: B- 9.623-1984

Impreso en Gráficas Futura, Soc. Coop. Ltda.
Villafranca del Bierzo 21 - 23
Fuenlabrada - Madrid

Printed in Spain
Impreso en España

EL POR QUÉ DE ESTAS PÁGINAS

El problema de la felicidad existe.

Muchas almas, por el anhelo incesante de ser felices, se han visto transformados en nueva manera de pensar.

El cambio admirable que, por la misericordia de Dios, he visto realizado en otras muchas que en un principio eran negras, por decirlo así, como el carbón de las minas y luego se tornaron blancas como las azucenas, y perseveraron en esa blancura más puras que el ampo de la nieve, por lo que glorificaron y están glorificando a Dios Nuestro Señor sin cesar, llevando una vida de pureza y de amor y de sacrificio, por el que tanto las ha amado y las ha sacado del camino ancho de la perdición, es lo que me ha movido a escribir estas páginas, con las que deseo proporcionar consuelo y aliento a otras muchas almas para que, animadas por ejemplos tan sublimes y dignos de imitar, no desmayen por grandes que hayan sido sus extravíos, y así se decidan a seguir el camino de los santos, ya que el Cielo es para todos, para los inocentes y también para los penitentes, o sea, para los que dando un adiós a las impurezas y liviandades, ...y sacudiendo toda pereza, se entregan de lleno al servicio de Dios. Estas almas que dejan el camino del vicio para seguir el camino de la virtud, las que prorrumpirán en frase parecida a la de otra alma que luego citaremos: «Jamás he sido tan feliz como desde el día que encontré a mi Dios».

Benjamin MARTIN SANCHEZ

Zamora y Enero de 1984

LAS ALMAS EN BUSCA DE LA FELICIDAD

¡FELICIDAD! ¿Quién no ha deseado ser feliz? Todos soñamos en la felicidad, y de día y de noche y a todas horas la buscamos, la anhelamos y la queremos.

Nuestras lágrimas, nuestros supiros y nuestros esfuerzos todos son por buscar la felicidad.

Bien podemos decir que desde el momento en que el hombre nace hasta el momento en que muere, no cesa de formar planes para lograr su felicidad, siempre sele ve discurriendo, siempre lo encontramos pensando, todo lo ambiciona, todo lo quiere, todo lo desea y es tan grande su ambición y su deseo, que ni él mismo sabe qué es lo que quiere, ni a dónde va, pues, nunca se encuentra satisfecho.

Cuando el hombre idea una cosa, cuando calcula y proyecta, cree por un momento que va a ser feliz si logra la realización de su proyecto, quedándose lleno de quietud, de calma y dicha incomparable. Mas, ¿qué sucede? Que cuando llega el momento de disfrutar y gozar aquello que más desea, o se le escapa de las manos y se llena de tristeza; o, si llega a poseerlo, ya no le satisface, ya no le encuentra tan bueno, tan hermoso y tan lleno de atractivos como se lo pintaba en su imaginación cuando tanto se afanaba por adquirirlo, y comienza a inquietarse y buscar otra cosa que le contente y halague.

El hombre, naturalmente, desea la felicidad, y mo-

vido de su natural impulso no cesa de trabajar por hallarla, pero desgraciadamente vemos que cuando trata de conseguirla aquí en la tierra va caminando de ilusión en ilusión para solo coger desengaño tras desengaño.

Una joven atravesaba plazas... cruzaba calles... Por todas partes veía oleadas de gente que discurrían alegres y felices... ¡Qué autos!... ¡qué escaparates!... Por todas partes la visión fantástica de la vida y del placer... Por todas partes muchedumbres que tenían dinero, que se divertían, que se sentaban en las butacas del cine... y en las mesas de bares y casinos. «Ahí, se decía a sí misma, ahí debe estar la felicidad. Dichosos los que tienen dinero... y gozan de los placeres...De ellos es el mundo... Para ellos es la vida... ¡Si yo fuera rica!...»

Este lenguaje y esta envidia, suscitada por los halagos del mundo, se repite en nuestros días a cada paso. La joven con visos de vanidad que busca únicamente la elegancia en el vestir bien y en aparecer en cines y salones para atraer las miradas de todos, en esto viene a cifrar su felicidad. El joven la busca en los placeres y las honras... Y los de más edad, por lo general, la ponen en las riquezas para labrarse un porvenir feliz. Todos, pues, corren tras la felicidad. ¿Dónde se hallará?

¿Dónde, pues, está la felicidad?

El mundo se ríe...

No cabe duda que el problema central de la vida humana es la felicidad. Todos queremos ser felices.

Dios ha puesto en el centro de nuestro corazón ansias infinitas de felicidad. Luego la felicidad existe.

Hoy hay muchos, muchísimos, en los cuales la fe parece estar extinguida completamente. Viven solamente vida de sentidos, y más allá de los negocios y de las diversiones y de las alegrias y penas de esta vida, no ven nada, absolutamnete nada. Todo se encierra en los estrechos límites del tiempo, y su lenguaje es el que refiere el libro de la Sabiduría (2,7-8) «*Comamos, bebamos...coronemos de rosas,* divertámonos... no nos privemos de ninguna impureza... Hartémonos con el vino de todas las soberbias, que la vida es para eso: para gozar. Mañana moriremos, y al despedirnos de nuestros compañeros de libertinaje, ...le diremos que sigan nuestro ejemplo. Fuimos dichosos... Solamente se nos ha atragantado el placer cuando hemos visto que venía seguido de la muerte».

En estas palabras últimas ya se vislumbra en los libertinos una felicidad que no es verdadera felicidad porque la viene a nublar la tristeza y la muerte.

Los pecadores se ríen, ciertamente, y se ríen los blasfemos, y se ríen los malvados y los sacrílegos, ...y risas se oyen en los centros del mal vivir... y en las butacas del cine y del teatro cuando surje allí la figura descarada del vicio, o cuando se mezcla la gracia con el libertinaje, ...y cuantos así se ríen y aplauden ¿serán felices?

No ha mucho, un pobre pecador empedernido, que gozaba de múltiples riquezas y de honores, ...levantó una noche su vista al cielo y al ver las estrellas, dijo: «Estas maravillas del mundo no las ha hecho un hombre. Luego debe haber un Ser Supremo... Pronto moriré y quizá tenga que darle cuenta de las

liviandades de toda mi vida. Este pensamiento me llena de horror y nubla todas mis alegrías».

Además, sin necesidad de aducir testimonios, ¿no vemos acaso a muchos libertinos devorados en sus últimos momentos por el remordimiento? El mundo juzga felices a los que tienen riquezas,... y autos... y palacios: *Beatum dixerunt cui haec sunt,* y a la verdad, si la felicidad estuviera en alguna cosa de la tierra tenía que estar en las riquezas, en los honores o en los placeres,.... pero la vida se termina. Los avaros y los libertinos ambicionaron riquezas, las buscaron por todas partes, las llegaron a poseer en abundancia, pero al fin, las riquezas en las que creían hallar la felicidad,pasaron, y pasaron para siempre. Ambicionaron placeres, creían que con ellos serían felices, pero al fin, reconocen que pasaron y pasaron para siempre... Ellos mismos reconocerán, al fin de su vida, que sus manos están vacías de obras buenas y en su desesperación exclamarán, como dice el Sabio: *«Ergo erravimus»*. Luego la hemos errado. Y el mismo Dios, su Creador y Redentor, cuyas inspiraciones y llamamientos no quisieron seguir, y esto será lo más triste, les recordará el dicho del Espíritu Santo: *«Reíd, triunfad en este mundo... Yo me reiré un día en vuestra desgracia»*.

¿Dónde, pues, está la felicidad?

«El Eclesiastés» nos refiere –y son palabras que la tradición atribuye al rey Salomón–, que en su tiempo gozó de cuanto puede gozarse en este mundo, pues vivió rodeado de riquezas innumerables y de honores y de toda clase de placeres... y vivió en medio de aquel ambiente pagano a semejanza del mundo de hoy, apropiándose las bienaventuranzas que profesa en contra de las que dijo Jesucristo en el Sermón de

la Montaña, o sea: *«Bienaventurados los que seráen, los que se divierten; bienaventutados los ricos, los que gozan en esta vida...»*...y al fin declara que sus deseos inmensos de felicidad no están saciados, que su corazón está lleno de hastío y de tristeza y clama: *«Vanidad de vanidades. Todo es vanidad y aflicción de espíritu»*. (Ecl. 1,2).

El centro de la felicidad

El corazón humano por sentir ansias de felicidad infinita, no se sacia nunca con las cosas de aquíabajo. El Espíritu Santo confirma esta verdad en las Sagradas Escrituras. Dice que las pasiones humanas, que todos llevamos arraigadas en nuestro corazón, siempre nos están diciendo: *Affer*...«Más..., más...» La codicia dice: «Más dinero...» La soberbia dice: «Más dignidades...» La lujuria dice: «Más impurezas...» La gula dice: «Más manjares...»

En nuestro corazón ciertamente que Dios ha puesto ansias infinitas, y ansias de felicidad y de perfección. El sabio quiere saber más..., el artista quiere perfeccionarse más..., el guerrero quiere conquistar nuevas tierras...

Y cuando, en efecto, hemos alcanzado ese más que íbamos buscando, ¿hemos encontrado el descanso y la paz de la felicidad? No, cada día sentimos mayores ansias..., cada día lloramos más, porque nos parece que se aleja ese ideal de ciencia, de amor, de arte que íbamos buscando... Cada día más lejos... ¡Y la muerte se echa encima!... ¡Vanidad de vanidades, todo vanidad!...

Nuestro corazón tiene forma triangular y el mun-

do es redondo y por eso no se adecua perfectamente a él, lo que quiere decir que ni todo el oro del mundo ni todos sus placeres nos pueden hacer felices.

San Agustín desde su juventud sintió ansias infinitas de la verdad, y la buscó en el paganismo y no la halló, y la buscó en el maniqueismo y en las páginas de la filosofía griega..., y no la halló..., y corrió tras el placer, la amistad, la ciencia y los aplausos, y cada vez estaba más lejos de él la felicidad. Por todas partes le asaltaba la duda, los remordimientos, las agonías del corazón... Y él mismo nos cuenta que en aquellas horas de solitarios pensamientos oía siempre una misteriosa voz que le decía con imperioso acento: *Quaere super nos.* ¿Buscas la felicidad? Búscala sobre las criaturas. Pero no quería levantar los ojos al Cielo... le daba miedo la mirada dulcísima de Dios..., pero llegó la hora de la gracia. Agustín creyó y amó a Jesucristo. Se echó en sus brazos con las vehemencias de un corazón que quería amar la verdad. Y entonces escribió aquellas palabras que, detrás de él, van repitiendo muchos siglos de desengaños:*«Fecisti nos, Domine, ad te...»* Nos hiciste, Señor, para Ti y turbado e inquieto está el corazón hasta que descanse en Ti».

Sí, el centro de la felicidad es Dios.

Hermoso es el diálogo que nos refiere el mismo San Agustín, en su libro VIII de las Confesiones, con su amigo Alipio. Cuando crecía en su interior la lucha entre el camino del mal y del bien, lo que revelan aquellas palabras cuando se dirige a Dios: «Vos me ponías delante de mí mismo, para que viese qué feoera, qué contrahecho, qué sucio y lleno de manchas y llagas... para que descubriese mi maldad y la aborreciese. Me veía y me horrorizaba y no tenía a donde

huir de mí»,... entonces le dije a voces a mi amigo: *¿Qué es eso que nos pasa? ¿Qué es esto que has oído? ¡Levántanse los indoctos y arrebatan el cielo, y nosotros con nuestra ciencia, faltos de corazón, he aquí que nos revolcamos en la carne y en la sangre!* ¿Acaso, porque aquéllos se nos han adelantado, tenemos vergüenza de seguirlos, y no tendremos vergüenza de ni siquiera seguirlos?... Y ante la gran lucha que sostenía entre el espíritu y la carne, él sigue diciendo: «Reteníanme frivolísimas frivolidades y vanísimas vanidades, antiguas amigas mías, y me tiraban de mi vestido de carne, y me decían por lo bajo: «¿Nos dejas? ¿Y desde este momento jamás estaremos contigo? ¿Y desde este momento jamás te será lícito ésto y aquéllo»! ¡Qué cosas me sugerian, Dios mío! ¡Apartadlas por vuestra misericordia, del alma de vuestro siervo! ¡Qué suciedades me sugerían! ¡Qué torpezas!... en tanto que la costumbre violenta me decía: *«¿Piensas tú que podrás vivir sin estas cosas?»*

–...Pero por otra parte «se me descubría la casta dignidad de la continencia, serena y alegre sin liviandad, halagándome honestamente para que me acercase a ella y no dudase, y extendiendo hacia mí para recibirme y abrazarme, las piadosas manos, llenas de multitud de buenos ejemplos: allí tantos niños y niñas, allí mucha juventud, y todas las edades, viudas venerables y vírgenes ancianas. Y en todos ellos la misma continencia no estéril, sino madre fecunda de hijos de los gozos de su Esposo, que sois Vos, Señor. Ella se burlaba de mí, y con donaire me alentaba como diciendo: *«¿NO PODRAS TU LO QUE ESTOS Y ESTAS?* ¿Acaso éstos y éstas lo pueden por sí mismos y no en el Señor, su Dios? El Señor, su Dios, me dio a ellos. ¿Por qué estribas en ti que no puedes

tenerte en pie? Arrójate en El; no temas, que no se apartará para que caigas; arrójate seguro que El te recibirá y te sanará». Yo tenía grandísima vergüenza de mí porque todavía oía el murmullo de aquellas frivolidades, y seguía indeciso y suspenso. Mas ella, como que volvía a decirme: «Hazte sordo para con *tus miembros* inmundos *sobre la tierra para mortificarlos* (Col. 5, 5). *Propónente deleites, más no conforme a la Ley del Señor tu Dios»* (Sal. 118, 85).

Esta disputa pasaba en el corazón de San Agustín y él mismo nos cuenta su conversión totalmente a Dios cuando a la vista de toda su miseria se desató en él una copiosa lluvia de lágrimas, sacrificio aceptable a los ojos de Dios. El sentía que le retenían sus maldades antiguas y daba voces lastimeras: *«¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo diré: Mañana, y mañana? ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no pone esta hora fin a mis torpezas?»* Y llorando con amarguísima contricción de su corazón, oye una voz misteriosa como de un niño que le repetía: «Toma y lee»... y cayó en sus manos la Biblia... y al fin lee estas palabras del Apóstol San Pablo (Rom. 13, 13-14): *«No en comilonas ni embriagueces;no enalcobas y deshonestidades; no en rivalidad y envidia; sino vestíos de nuestro Señor Jesucristo, y no hagáis caso de la carne en sus deseos».*

No quiso continuar leyendo, ni fue menester, como él dijo,... reconoció que Dios y sólo Dios era el centro de su felicidad. Oyó en el fondo de su corazón la voz de Dios y el milagro de su transformación se realizó mediante la gracia y la misericordia infinita del Señor.

Causa de la transformación en las almas

En San Agustín, como acabamos de ver, se obró una transformación admirable y notoria en su vida.

En San Pablo vemos otro cambio parecido y si cabe más admirable todavía. Era blasfemo... perseguidor de la Iglesia de Dios,...lleno de pasiones... Y de perseguidor de los cristianos queda convertido en apóstol de las gentes,... y por la causa y el nombre de Dios sufre cárceles, naufragios y persecuciones.

¿A qué es debido esa transformación?

Cuando se ve rodeado de pasiones que le tiranizan, clama: *«¿Quién me librará de este cuerpo de muerte o mortal concupiscencia? Solo la gracia de Dios por Jesucristo N. Señor»*, continúa diciendo.

Es innegable que hoy se ven vidas sublimadas por el arrepentimiento y el dolor de los primeros años de sus extravíos. El ejemplo, vg., de la Magdalena o de una Santa Afra, no solo corrompida antes de convertirse, sino además corruptura, y que por sus desórdenes creía imposible alcanzar el perdón de Dios; el de una Santa Margarita de Cortona o de una Santa Angela de Foligno, que, tras un vivir escandaloso, llegaron hasta un grado sublime de santidad; y, finalmente, por no citar otros, el de la conversión de la famosa artista de París, Eva Lavalliére, de nuestros días...

Ante estos ejemplos, preguntamos de nuevo: ¿cuál es la causa de la transformación de estas almas, o por mejor decir, de su conversión? Y la respuesta siempre será la misma: *La gracia de Dios* mediante el esfuerzo personal de cada uno.

¿Qué es esa gracia que santifica de esa forma a las almas y que las purifica, borra todos sus extravíos y todos sus pecados mortales y hasta la pena eterna?

La gracia santificante es un don sobrenatural (sobre la naturaleza) que aventaja a todos los bienes que tanto anhela el mundo. Los honores y las riquezas y los placeres, y la hermosura y la ciencia,... en fin, todos estos bienes naturales sin el estado de la gracia santificante no valen nada, pudiendo decir con el Sabio: *«En comparación de ella, todo el oro del mundo no es sino arena, y la plata no es sino fango...»* (Sab. 7, 9).

Hay un libro titulado «Vive tu vida», de M. Arami, cuya lectura aconsejo a todos, y de él tomo los siguientes conceptos.

La gracia santificante es un *don interior, invisible.* No es tu modo de vestir lo que me dice que estás en gracia, no son los rasgos de tu cara, ni es tampoco tu estatura. Posición social, fortuna, erudición, carácter, modales distinguidos, palabras elocuentes son indicios nulos con relación a la gracia.

Muchos hay que, siendo el blanco de los honores del mundo y de las adulaciones populares, no poseen la gracia; muchos hombres hallarás que pasan por personas honorables, y son más bien dignos de desprecio a los ojos de Dios. Muchos, empero, si bien desdeñados de los mundanos, gozan, merced al estado de gracia, de los favores y amistad divina. ¡Qué alma más grata a Dios tapan a veces unos harapos! La gracia de Dios es un *don interior.*

La gracia santificante es un don *permanente.* Reside en ti mientras no cometas pecado mortal. ¿Cabe decir otro tanto de los bienes naturales? Desgraciadamente, la muerte te lo arrebata todo. Al morir, bórrase tu hermosura, se esfuman las dignidades y los honores, se apagan los sentidos, uno tras otro, y solo te llevas a la tumba las cuatro tablas de un ataud. Tu re-

cuerdo mismo pasa con el fúnebre tañido de la campana. En el sepulcro, tu cuerpo tan regalado se convierte luego en pasto de gusanos.

Margarita de Cortona, en sus mocedades, al no encontrar a su seductor, observa que la perrita que le acompañaba por todas las partes se le acerca insistentemente. Dando unos aullidos lastimeros, el animalito se agarra al vestido de Margarita, y la obliga a seguirle. Al llegar junto a un montón de hojas, que separa con las patas, la perrita ladra. Acércase entonces Margarita y... ¿qué es lo que ve? El cadáver del que buscaba, ya en descomposición. Corren abundantes sus lágrimas, mas luego se convierten en llanto de arrepentimiento. «¡Insensata! –dícese–, ¡aquí tienes lo que preferías a Dios!» Desde aquel día, convertida en penitente, se está, vestida en harapos, a las puertas de la ciudad, que escandalizó con su mala conducta, y pide perdón a todos los transeúntes.

Margarita ha comprendido que los bienes naturales pasan, mientras la gracia santificante, o sea el don sobrenatural, permanece; recupera el estado de gracia, y concluye por ser una santa.

¡Oh, *si scires donum Dei!*, ¡si conociésemos el don de Dios, es decir, el valor y la belleza de este don de la gracia que hermosea y embellece nuestras almas!

¡Cómo lo amaríamos! ¡Cómo dejaríamos el camino del vicio y del pecado, al igual que un San Agustín, y un San Pablo,... y una Margarita de Cortona, y aborreciendo el mundo y sus diversiones seríamos santos!

Este don de la gracia divina que nos otorga Dios para nuestra propia salvación, es el que nos comunica una luz sobrenatural y nos hace ver lo miseable

que es todo lo de aquí abajo y la vileza de todo lo que no es rectitud, virtud y santidad.

«Erase un hombre rico, dice el Evangelio, a quien su heredad había producido mucho. Discurría para consigo, diciendo: ¿Qué haré, pues, que no tengo sitio para encerrar mis cosechas? He aquí, dijo, lo que haré: derribaré mis graneros, y construiré otros más capaces, y allí almacenaré todas mis cosechas y mis bienes todos. Luego diré a mi alma: Alma mía, tienes grandes bienes de repuesto para muchos años; descansa, come, bebe, y date buena vida. Pero díjole Dios: ¡Insensato!, esta misma noche te han de exigir la entrega de tu alma; ¿de quién será cuanto has almacenado? Esto es lo que acontece al hombre que atesora para sí y no es rico a los ojos de Dios» (Lc. 12, 16-21).

Nuestra riqueza ante Dios es la gracia santificante. Con ella es rico el pobre, y sin ella es pobre el pecador rico.

Durante toda la vida hasta la hora de la muerte podemos aumentar en nosotros la gracia santificante por los *sacramentos* y por *las buenas obras.*

Para que una obra sea meritoria para el cielo, debe ser realizada *en estado de gracia* y *con intención recta.*

En estado de gracia, porque Jesucristo dijo: *Sin mí,* esto es, *separados de mí, nada podéis hacer* (Jo. 15, 4). La rama separada del árbol se seca. Nosotros separados de Cristo por el pecado somos ramas muertas por las cuales no corre la savia divina. Esta savia, que es la gracia de Dios, lo es todo.

Quisiera Juan contraer matrimonio con Teresa. Por prudencia, después de haber rezado mucho y pedido consejo a sus padres, se va a consultar al párro-

co y empieza por decirle: «Tiene buena dote». EL señor Párroco coge su cuadernito de apuntes y escribe un cero. «Pero es bellísima». Segundo cero. «Además, sabe piano y pintura». Cuarto cero. «Es notable mujer de gobierno». Cuarto cero. «Su familia es una de las más antiguas del país». Quinto cero. «Luego, tiene su diploma». Sexto cero. *«¡Ah!, se me olvidaba decirle que es excelente cristiana»*. Al oir estas palabras el señor Párroco, coloca la cifra 1 delante de los seis ceros, y, enseñando el cuadernito al joven, le dice: «Date prisa, cásate con ella: ¡sí vale un millón!»... Sin la gracia santificante, todas nuestras obras son ceros respecto de la eternidad.

Intención recta: Para que una carta llegue a su destino, es preciso ponerle la dirección. Por igual manera, has de dirigir a Dios tus acciones si deseas que las acoja favorablemente. ¿Le abonarías tú el salario, llegada la noche, al obrero que hubiese trabajado para tu vecino? Podría darse por harto satisfecho, si semejante pretensión no motivara su despido. Dios tampoco te debe nada, si no trabajas para El; tienes que cumplir tus buenas obras con intención recta, pura, sobrenatural: por Dios. Refiriéndose a los que trabajan para ser vistos de los hombres, declara la Escritura: *Ya recibieron su recompensa* (Mt. 6, 2), ya nada tienen que aguardar en el cielo. Como pusieron sus riquezas *en saco roto* (Ag. 1, 6), por eso en el último juicio, se presentarán con las manos vacías, sin que puedan reclamar nada absolutamente, en pago de tantos afanes.

¿Cómo debe ingeniarse uno para tener siempre intención recta? Ofreciendo, por la mañana, su día a Dios; conviene renovar además, dicho ofrecimiento,

de cuándo en cuándo, mediante una oración jaculatoria.

¡La oración de la mañana! Al levantarse, todo hijo bien nacido da los buenos días a sus padres. Los buenos días del cristiano, su primera cortesía para con Dios, es la oración de la mañana.

¿Cómo debe hacerse esta oración? Apenas despiertas, santiguate y reza el *Padrenuestro...* la oración enseñada por Jesucristo, es fórmula sencilla, pero ninguna encontrarás más hermosa. Considera inútil agregarle otros rezos; evita ante todo las fórmulas complicadas seguidas de un sinfín de devociones e invocaciones nuevas. Termina con una o *tres Avemarías* que constituyen una oración eficacísima para mantenerse en estado de gracia durante el día.

¿Para qué se ha de rezar a la mañana? Para que el día sea meritorio y feliz. *Meritorio:* sobrenaturalizadas por el ofrecimiento matutino, todas las acciones, penas y alegrías del día se convierten en oraciones; de suerte que desde la mañana hasta la noche, te pasas el día entero rezando. *Feliz:* estarás más contento, gastarás mejor humor. ¿Cuál es el motivo de que haya hombres malhumorados todo el día, pensando que el mundo, los hombres y la vida les incomodan? Es a menudo la omisión de la oración matinal de la cual depende el resto del día.

El ofrecimiento hecho por la mañana basta en rigor, mientras no lo retracte uno cometiendo alguna falta grave durante el día. Cuando a la mañana te diriges a la vecina ciudad, no necesitas, para llegar a ella, repetir a cada paso: «Voy a la ciudad». Así mismo, con tal que por la mañana te hayas puesto en camino para el cielo, mediante el ofrecimiento de tus acciones, y con tal que estés en gracia, cuanto haces

de bueno y hasta de indiferente (como el trabajo, las comidas, el sueño), todo eso es meritorio y digno de recompensa eterna, aun cuando ya no pensares más en ello. Empero, si tuvieras la desgracia de cometer algún pecado mortal durante ese mismo día, te sería preciso recobrar el estado de gracia por la confesión o por la contricción perfecta seguida del deseo de confesarte; a continuación habrías de renovar tu ofrecimiento.

La intención recta es fuente de *méritos sin cuento.*

Una conversión extraordinaria

Esta conversión es la de la célebre artista Eva Lavalliére (1), la que hizo exclamar a un insigne autor y académico francés: «La verdad es que Eva Lavalliére, que ha sido siempre una gran actriz, ha encontrado un nuevo papel –el de convertida–, y hay que reconocer que lo desempeña admirablemente».

Esta famosa artista todo lo tenía, fincas, joyas, automóviles,... y una vanidad todavía mayor que su fama y atractivos personales, pues para que no le faltase nada, también era de una belleza extraordinaria, y que TODO LO DEJÓ, así, con letras mayúsculas, el día que encontró a su Dios.

Y no crean los lectores que era mujer fácil de contentar... Sí, sí. Sigan leyendo. Se hallaba don ALfonso XIII a la sazón en París, cuando una noche acude al teatro para asistir a un estreno de la Lavalliére. Pero como el monarca español llega cuando había comenzado ya el primer acto, da lugar a que el público prestase más atención al palco real, por lo que pasa desapercibida y sin aplauso una de las geniales

improvisaciones de la famosa actriz..., que se indigna de tal forma hasta el punto de trabajar todo el tiempo de espaldas al proscenio que ocupaba el Rey; y cuando don Alfonso, una vez concluída la representación, se dispuso a felicitarla, quitándole importancia al incidente, ella, que era inaguantable –nos perdonará la «señorita» Eva que digamos la verdad–, se negó a recibirle, sin que nadie pudiera conseguir que cambiara de resolución. Y conste que esto de inaguantable no lo decimos solo nosotros, pues recordaremos que un día el director del teatro donde actuaba llegó también a decir: *«Aumentad, por lo que más queráis, su corte, si no es capaz de disgustarse y no quere salir mañana a escena».*

Además, y no es porque queramos disculparnos, ella misma, en una ocasión –como verán más adelante los lectores–, le dijo a Robert de Fleus: *«¿Se acuerda ustes de lo insoportable que yo era?»* Y cuando Eva lo reconoce...

No obstante la simpatía proverbial del Rey de España, merecía una reparación, y ésta llegó, pues recordaremos que algunas semanas después, al encontrarse Eva Lavalliére con don Alfonso XIII en Biarritz, cómo se le había pasado ya el mal humor, y es justo concederle que cuando a la artista parisina le daba por estar amable era muy simpática, se peinó a la moda española –estas fueron sus palabras– para rendirle un homenaje.

El Rey de Inglaterra, Eduardo VII, en sus frecuentes estancias en París, no dejaba tampoco de ir a admirar el arte de Lavalliére. Es más, que en una ocasión aplazó su regreso a Londres para asistir a un estreno de Eva.

De ahí partía su orgullo y endiosamiento. La gentil

modistilla de Perpignan que llegó a París, una buena mañana, en un vagón de tercera, con un triste maletín con cuatro trapos mal cortados, pero animosamente dispuesta a emprender su conquista, había conseguido verdaderamente ser la reina del bulevar. El público la idolatraba, los empresarios se la disputaban, la prensa la declaraba la sin par, ¡la única! *Todo lo había encontrado MENOS... la felicidad.*

Mas como esta mujer no se paraba en barras, y lo mismo le daba hacer un desaire a un Rey que suicidarse (eso dependía de lo primero que se le ocurriese), una buena noche, dando otro desaire de los muchos que ella acostumbraba a prodigar, esta vez le tocó el turno a los organizadores de un banquete que le prepararon con motivo de un éxito clamoroso que tuvo en el estreno de una obra, banquete que tuvo que suspenderse (porque no le dio la gana de asistir), entristecida al darse cuenta que en la cumbre del triunfo no encontraba la felicidad por la que tanto vino luchando, se despide de todos sus amigos y admiradores, deja su automóvil a la puerta del teatro, se marcha a pie, sin consentir que nadie la acompañe, y al llegar al puente de Alejandro III, va y se tira al río Sena.

Ven los lectores... ¡lo que decíamos!

Un obrero la salva; vuelve a su tristeza anterior; alquila un castillo para veranear; comienza burlándose irreverentemente del párroco de la aldea donde está enclavada la posesión cuando éste le echa en cara que ni siquiera por el buen ver ha querido ir a misa el domingo..., y termina convirtiéndose, comprendido entonces, ¡al fin!, por qué no había encontrado nunca la felicidad, pese a sus millones y todo cuanto el mundo le sonreía, porque la felicidad solo puede ha-

llarse en las verdades eternas. Entonces es cuando rompe con sus amistades, se retira del teatro y sustituye el estudio de las obras que preparaba para su «tourné» por América, por la lectura del Evangelio y la vida de la Magdalena, y aquel modesto cura de aldea, que primero fue objeto de las burlas irreverentes de la artista, le cabría la satisfacción inmensa de ser instrumento de Dios para una de las conversiones más sublimes de los tiempos modernos. (Ella, la Lavalliére, conservará toda su vida una profunda gratitud y tierno afecto hacia aquel humilde cura de aldea que la convirtió,... y así, como final frecuente, en su correspondencia escribe: «Reciba la expresión de mi afecto respetuoso y de mi gratitud, porque usted me ha salvado». O bien: «A usted que ha sido el primer instrumento de Jesús, dedico todo mi agradecimiento final. Su ahijada, Eva Lavalliére»).

Y con su privilegiado talento, que primero puso a contribución para triunfar en el mundo, se dispuso a triunfar en la vida espiritual, y ¡lo logró!

«Jamás he sido tan feliz, como desde el día que encontré a mi Dios!», exclamará, con el gozo del que ¡al fin! ha acertado con la senda de la felicidad, que en vano buscaba por los caminos del mundo.

El mundo le hastiaba y sólo Dios la llenaba, y no quería más que consagrarse de lleno a El. Se traslada a Lourdes y allí solicita su ingreso en varios conventos,... y ninguna Superiora se atrave a admitirla por la fama que precedía a su persona, además del inconveniente de que tenía una hija...

El Padre Chasteigner, de la Superiora del Convento de la Inmaculada, en la defensa que hizo de esta su convertida, le dice: «Permítame que le diga, Reverenda Madre, que tal vez no tenga usted en su Con-

vento un alma tan espiritual y tan bella como la de esta artista». ¡Cuán bello y hermoso es el cambio obrado por la gracia divina en las almas!

La lucha de las almas en su conversión

En el libro de las Confesiones de San Agustín, como hemos visto, se lee que en la lucha que sostenía entre el espíritu y la carne cuando Dios le hablaba en el fondo de su alma, quedaba indeciso y suspenso... y sentía aún el halago y las voces de las pasiones que antes le habían arrastrado a tantas torpezas, las cuales le decían: *«Pero, ¿nos dejas? ¿Piensas tú que podrás vivir sin estas cosas?*

Cosa parecida pasa en todos los que toman la decisión de pasar de pecadores a santos. Sus pasiones se les revelan, el demonio trae de contínuo a su mente sus amistades pecaminosas. EL mundo les dice que la juventud y cualquiera época de la vida es para divertirse y gozar, y que no hay que pensar en cosas tristes. Así llama el mundo las decisiones de un alma que quiere darle las espaldas a todas las frivolidades... cuyo mundo ignora que esta tristeza es el camino para llegar a la más pura de las alegrías y hallar la verdadera felicidad.

Entre los muchos ejemplos que pudiéramos citar de almas convertidas, por parecer un modelo entre las conversiones realizadas en nuestros tiempos, fijémonos de nuevo en las luchas que la artista parisina tiene que sostener en el mundo.

Un día, al salir Eva de la Gruta de Lourdes, donde estuvo rezando, la descubre un periodista..., y a, las pocas horas los principales periódicos de Francia da-

ban la noticia de que la famosa Lavalliére se encontraba en Lourdes. Como consecuencia, llega una avalancha de corresponsales de los diarios parisinos, que la atosigan a todas horas; comienza también a recibir centenares y miles de cartas de sus antiguos admiradores, insistiéndola para que vuelva al teatro; otros que le escriben en tonos sentimentales, no faltando tampoco la representación de los incrédulos, que se burlaban de su conversión; y la pobre Eva, que había ido a Lourdes a darle las gracias a la Virgen y para llevar una vida de retiro, «se encuentra –como leemos en su biografía–, con que deseando olvidar su pasado, resulta que el pasado no la quiere olvidar a ella».

Algún tiempo después conoció al Arzobispo de Cartago, monseñor Lemaitre, quien al darse cuenta de la grandeza de la conversión de la ex-artista, se hace cargo de su dirección espiritual. Y cuando el bondadoso Prelado está gestionando el ingreso de Eva en un convento, surgen las dificultades de su enfermedad, por lo que tiene que desistir... Pero deseosa de darse al servicio de Dios, marcha a las Misiones de Africa.

Su labor misional se ve entorpecida por su delicado estado de salud. Así, se ve obligada –por disposición de su Director– a regresar a Europa.

Pero como es una mujer de una firmeza que asombra, tan pronto como se repone ligeramente, coge el barco y vuelve a ocupar su puesto en las Misiones.

Una nueva recaída la obliga a regresar a Francia...

El Barón de R..., que estaba locamente enamorado de ella, trata de obtener una entrevista, pero la ex-artista no solo no le recibe, sino que incluso manda tirar las flores que éste le envió. Así a su amiga la dice

enérgicamente: «Leo..., Leo..., llévate inmediatamente de mi vista estas flores; recuerdo de la vergüenza de mi pasado...; no quiero verlas en casa...»

Emocionante fue su entrevista con Robert de Fleurs, el famoso autor de los grandes éxitos teatrales de Eva y que el académico francés relató en un sensacional artículo al regresar a París, después de visitar a la ex-artista en su retiro de Thulliéres.

Eva le cuenta la felicidad que siente...

–«¿Apesar de sus sufrimientos?», le pregunta Robert de Fleurs.

–No, Robert; precisamente a causa de ellos, porque Jesús es quien me sostiene.

En su artículo, Robert de Fleurs fue relatando toda la vida de Eva, desde su conversión, las dificultades para entar en un convento, su ingreso en la Orden Tercera de San Francisco, su labor en las Misiones de Africa, y termina diciendo:

«Eva Lavalliére, poseedora de una fe profunda, vive en su retiro dedicada a la oración, ofreciendo un espectáculo capaz de impresionar más a los incrédulos que a los creyentes. Así, la encuentro completamente cambiada a la que fue una de las más encantadoras glorias de nuestro teatro, a quien el teatro no ha podido aún reemplazar, adivinándose en sus ojos la llama de su fervor. Con verdadera emoción y respeto la escuché. Amable y sencilla en cada una de sus palabras revela la perfección de su vida interior».

Durante varios años la estuvieron presionando para que volviese al teatro, pero todo inútil... Pues, aunque al comienzo muchos creyeron que su conversión era *una extravagancia más de la Lavalliére,* y, que por lo tanto que poco duraría, su marcha en el comienzo de la perfección fue firme.

Así, recordaremos que encontrándose Eva en Guéthary –una de las más lindas playas de la costa vasco-francesa–, se presentó a verla un famoso empresario parisino, que había tenido noticias del lugar donde se encontraba la ex-artista, ofreciéndole un tentador contrato para que reapareciese en escena. Pero ella le recibió de pie diciendo:

–Perdone usted que le atienda así, pero no quiero hacerle perder el tiempo, ni menos que conciba ninguna esperanza, porque yo he muerto para el mundo.

–¡Oh, Eva!, pero usted se debe al público, le contesta el empresario.

–No, perdone, yo me debo a Dios. Reconozco que me ha costado un gran sacrificio el retirarme del teatro, pero la bondad divina me ha pagado con creces este sacrificio, que ya mantengo muy satisfecha, porque... ¡es tan grande el placer de servir a Quien tanto nos ama!

–Sea usted razonable, Eva. ¿Qué le impide seguir sus creencias? Además, yo, por mi parte, le ofrezco a usted...

–Gracias; todo el oro del mundo no sería suficiente para comprar, no toda, sino una sola parte de mi felicidad...

¿Tanto vale?

–Por lo menos en tanto yo la estimo. ¡Ay si el mundo supiese el placer de amar a Dios!

–Pero no comprendo cómo usted, la gran Lavallière, puede de esta forma enterrarse en vida...

–Se equivoca usted; ahora es cuando vivo, porque vive mi alma. Amo a Jesús y me siento amada por El. Eso es todo.

Estupefacto el empresario al ver el cambio opera-

do en la ex-artista, al despedirse la dijo, mientras se llevaba las manos a la cabeza: «Dichosa usted, Eva, que ha encontrado el camino de la felicidad».

Eva triunfó del mundo porque sus propósitos y decisiones eran firmes. Y así dirá a su Director espiritual: «Padre, no conoce usted a Eva Lavalliére... cuando tomo una resolución, en mi vida me vuelvo atrás».

Los santos han sido tales por su energía de carácter, pues ésta, mediante la gracia de Dios, viene a ser la base de la santidad. «No yo, decía San Pablo, sino la gracia de Dios conmigo», esto es, no sólo nosotros seremos santos con nuestras propias fuerzas, ya que somos débiles y flacos, sino apoyados en la gracia y ayuda de Dios.

Preguntaba una vez a Santo Tomás de Aquino su hermana qué tenía que hacer para ser santa, y le contesta: «Quererlo de veras».

Santa Gemma Galgani, escribiendo a su Padre espiritual, le decía al pensar en las verdades eternas: «¿Sabe lo que al presente tengo en la cabeza? Pues el propósito de *hacerme santa cueste lo que cueste;* lo concebí en el día de ayer, se vive una sola vez y sí he de hacerme con Dios...».

Querer es poder. Si queremos ser santos, aunque hayamos sido grandes pecadores, seremos santos con la ayuda de Dios.

Efectos de la gracia en las almas

El alma que reconoce que ha sido infiel a su Dios, cuando lo ha hallado por la detestación de la culpa, entonces esa gracia divina, ese don precioso de Dios,

que le envuelve, la llena de una sed cada vez mayor por las cosas eternas y la ilumina con luz sobrenatural haciéndole ver la bajeza del vicio y del pecado, y a su vez le hace comprender la insignificancia de todas las riquezas, de todos los honores y de todos los placeres de este mundo, llegando de este modo a suspirar únicamente por lo que puede llenar el vacío de su corazón.

Para probar esto, dedicaré unas líneas más a resaltar el cambio y los efectos de la gracia en el maravilloso ejemplo de Eva Lavalliére, modelo de pecadores convertidos, y de este modo resumiremos la historia y la vida tan interesante de la misma.

Esta artista, cuando corría tras los placeres y las diversiones del mundo, y tenía oro y autos y joyas,... decía a su amiga: «Leo, tengo cuanto se puede ambicionar para ser feliz..., y sin embargo, soy la más desgraciada de las mujeres»,... Por este motivo, con paso firme emprende la búsqueda venturosa de Dios... y camina, en efecto, como hemos visto, en medio de las contrariedades y halagos del mundo,... Por lo que su Director espiritual diría más tarde de ella: «Nunca vi que Eva retrocediera ante ningún sacrificio; antes bien, me fue siempre dócil».

Conociendo su vida de pecado en los días tristes que precedieron a su conversión, dirigiéndose a la Santísima Virgen, le decía: «Sé mi Madre, Tú, Madre de Dios; sé la Madre de la más mancillada, de la más infame, de la más miserable de las criaturas. Acógeme, por piedad, ¡oh, sí!, tómame toda entera; sé mi dueña, mi abogada, mi Madre. Me entrego y me consagro a Ti, ¡oh, Madre de Jesús!, ofrendándote toda mi vida!».

«Oh Maria, poderosísima y buenísima Madre mía!

Vengo a pedirte un milagro, uno de esos milagros espirituales que tanto te agrada conocer: Deseo ardientemente entrar en el camino de la santidad. Es decir, no llevar a cabo acciones brillantes, sino conservar el corazón desprendido de las criaturas, practicar humildemente mis obligaciones cotidianas y aceptar todos los sufrimientos por amor a ese Dios, que me ha amado de forma tan excesiva».

Otras frases, no menos expresivas, que las anteriores, y que nos revelan los efectos de la gracia divina que obra en su alma tan admirable transformación son éstas:

«Me encuentro apoyada en su Corazón Divino, igual que la ovejuela perdida que El ha ido a buscar entre zarzas y espinas, y a la que después de hallarla ha depositado amorosamente sobre sus hombros».

«Soy la más vil de las miserias, la más mancillada, el desecho, y Jesús me envuelve y me protege; en una palabra, me ama, y yo experimento este amor, que es, por decirlo así, palpable. ¡Así es Dios en su infinita misericordia!».

«¡Qué maravillosa es la acción de Jesús en un alma! –nos dirá algún tiempo más tarde–. Tras de haberme tomado siendo ya una miserable pecadora, se digna inundarme de beneficios. Ha rehecho mi corazón con la presencia de su divino Cuerpo, del que diariamente me alimento, y mi alma miserable se endulza y tiemba a su contacto, igual que un pájaro aterido, al que cobijamos en nuestra mano». «¡Qué grande y que hermoso es el amor que El inspira!

Con un cambio tan radical de vida, totalmente entregada a la piedad, olvida que van transcurriendo los días y que las obras que se llevó para estudiar, preparando la próxima temporada teatral, yacen

abandonadas. –...y ahora es cuando se da cuenta de la ceguera que hasta entonces había padecido. Bajo el peso de estas reflexiones, escribe algún tiempo después:

«Tiemblo al acordarme de mi salvación y doy muchas gracias a Dios por haber sido tan bueno con su pequeña nada, que no ha permitido que me perdiese para siempre» –añadiendo después, llena de amor–: «Me ha salvado un milagro, y ha sido Jesús quien lo ha hecho».

Su Padre espiritual tiene una honda preocupación, y piensa no sin dolor, en qué acabará aquella iniciación de dulzuras místicas cuando llegue la temporada y la Lavalliére se reintegre a su ambiente de París y vuelva a reaparecer en el teatro... Pero al fin halla una satisfacción, cuando ve que por quien pedía –por ella y por su compañera– todos los días, en el «memento» de la Misa, se revela el misterio de la gracia divina, y escucha emocionado las palabras decisivas de Eva cuando él le dice:

Supongo que regresará usted a París..., a su teatro.

–¿Qué dice usted?... ¿Volver yo a trabajar en el teatro?...Esto, ni hablar; no pienso de ninguna manera presentarme más en escena.

...Inútil pensar que, rodeada de peligros, podría mantenerme firme, sin volver a mi vida anterior.

...Vivir entre el mundo que yo frecuento, y en el género teatral que cultivo, dado mi modo de ser, es imposible que pudiese continuar siendo buena...

...Quiero vivir sólo para Jesús... Para ello, como es natural, no quiero saber nada del mundo, y menos de mi vida pasada. Siento una transformación tal en mi vida, que me sería imposible presentarme nuevamente en escena. Es más, desde hoy no volveré a

abrir mi correspondencia. Así, le remitiré a usted todas las cartas que reciba y le ruego no me entere más que de cuanto usted comprenda que aún tengo obligación de enterarme.

Y a su amiga Leo, le dice: «Leo, déjame; necesito de la oración para tomar fuerzas... Reconozco que me cuesta un gran sacrificio el retirarme del teatro...; pero mi decisión es firme. Sí... Ya no volveré más a escena».

Momentos después, su pluma, con vigorosos trazos, daba cuenta a las empresas de su determinación. Rescindía los contratos pendientes para la próxima temporada, su «tourné» por América..., ¡todo!... Al fin, era libre.

En aquél momento moría definitivamente la gran artista de París, la sinpar, la mimada de reyes y príncipes, el ídolo del público parisino, para dar paso a otra Lavalliére, más grande aún, estrella de fulgurantes destellos, que lucirá su belleza por toda una eternidad.

La tónica dominante de esta artista que es la irrevocabilidad en sus resoluciones, es la que se repite en nuestros días en otras muchas almas decididas a pasar del estado de pecadoras a santas.

Y esta resolución de almas que nos rodean, y de las que con frecuencia he oído palabras y recibido cartas como la que transcribo a continuación, son las que nos revelan ejemplos dignos de imitar y ponen de manifiesto los efectos de la gracia de Dios:

«Muy poco hace que conozco a Jesús y hasta ahora no he podido darme cuenta que lo que hacía no estaba bien, y de lo mala que soy. Sí, Padre, hay momentos que me siento cerca de Jesús y lloro, lloro todos mis pecados y me arrepiento. Le pido a Dios que me

castigue porque me lo merezco, se lo pido con todo el corazón, pero es tan poco lo que le amo...

...Padre, ahora (después de mi vida de pecado), quiero ser muy buena, quiero ser perfecta hasta ser santa. Quiero seguir el camino de Jesús en el Calvario; sufrir, sufrir por todos mis pecados y mis culpas y rogar a Dios me perdone.

...Pero le pido a usted que me ayude a amar a Dios para seguir su camino, no me deje, que sin El no quiero vivir.

Cuando recibo a Jesús, aunque me siento fría con El, ¡qué feliz soy!, estoy con El, y cuántos habrá que no le conocen, y no saben que sin El no hay felicidad en el mundo.

Y qué feliz soy ahora, pero a veces en mi felicidad, lloro y estoy triste porque le amo poco, y deseo amarle con todas mis fuerzas, no quiero nada de este mundo, que todo es engaño y mentira, quiero solo amar y servir a Dios, suya soy, que haga de mí lo que quiera, hágase su voluntad.

«Quiero, Padre, sacrificarme por El, y morir por El».

Estos ejemplos y otros más que citaremos, nos harán ver que el cambio de pecadores a santos es obra de nuestra cooperación a la gracia de Dios, que nos está invitando a cada paso a seguir por el camino de la verdadera felicidad, que no es otro que el de la santidad.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.

Ejemplos de algunos santos que fueron grandes pecadores

Vivía varios años ha, nos cuenta M. Arami, un joven en una gran ciudad. La vida le sonreía, y podía cumplir todos sus caprichos. El oleaje le arrastraba, y él se dejaba llevar. Transcurrían sus años entre placeres y pecados, en la ociosidad y en la insignificancia. Fue uno de tantos en la serie de miles de inútiles de que el mundo está lleno; hasta que un día, por mero azar, leyó estas palabras: *«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán hartos»* (Mt. 5, 6).

¡Harto!, no lo había estado nunca; y, sin embargo, experimentaba la náusea de lavida. Puesto que se hablaba aquí de algo que saciaba, ¿por qué no lo iba a probar? Rompió con el pecado y tuvo hambre y sed de justicia. Cuando al cabo de un año, contó su vida a un sacerdote, terminó su confesión de esta manera: *«¡Cuán hermosa y feliz es ahora la existencia!»*

Esta exclamación viene a ser la de todos los que han dejado la senda del vicio y del pecado para seguir la de la santidad. Y ha sido solo entonces cuando se han sentido felices.

Titulamos el libro «De pecadores a santos». La conversión de las almas citadas son una prueba de nuestro aserto, a la que ahora intentamos añadir una lista de pecadores santos, es decir, de santos que han sido alguna temporada de su vida, más o menos larga, pecadores y grandes pecadores. Y lo hacemos así para que luego saquemos esta consecuencia y poda-

mos exclamar cada uno de nosotros: *«A pesar de mis pecados y de lo que he sido, si quiero, puedo ser santo»*.

Entre los que forman la lista de santos que fueron un día pecadores, podemos enumerar algunos:

El primer pecador que encontramos en esta lista de santos pecadores, es nada menos que aquel que el mismo Jesús escogió como piedra fundamental de la Iglesia: *San Pedro.* Todos sabemos que ante la voz de una criada jura con mentira que no conoce a su Maestro.

La otra gran columna de la Iglesia, el apóstol *San Pablo,* como ya indicamos, no solo fue gran pecador, sino también perseguidor feroz de la Iglesia. Como él mismo asegura, en un exceso de locura nada lo detenía con tal de borrar el nombre de Jesús.

No olvidemos aquella pública pecadora, *Santa Magdalena,* a la cual se le perdonó mucho porque amó mucho.

Hablemos también someramente del buen ladrón, que después de haber pasado toda la vida robando, en los momentos supremos de la muerte hurtó el cielo. La Iglesia lo venera con el nombre de *San Dimas.*

San Cipriano se dedicó desde los siete años a la astrología y a la magia. Mataba secretamente a hombres, mujeres y niños, sirviéndose de sus entrañas para sus hechicerías. Murió mártir.

Santa Margarita de Cortona, sabemos llevó durante nueve años, en un castillo, una vida de escándalos.

Angela de Foligno, se distinguió por su belleza extraordinaria, por su lujo exagerado, por su riqueza copiosa, por sus fastuosos atavíos y, sobre todo, por su provocativa desenvoltura. Atraída por la gracia,

figura entre las grandes místicas, y la Iglesia le rinde veneración el 4 de Enero.

San Pedro Armengol de Tarragona, se entregó en su juventud a toda clase de desórdenes, llegando un día en una riña a asesinar a un enemigo de su familia.

San Juan de Dios, fundador de la Obra de los Hermanos Hospitalarios, durante cuarenta y dos años llevó una vida aventurera en grado sumo, y *San Camilo de Lelis,* fundador de los Ministros de los enfermos o Padres de la buena muerte, antes de su conversión, fue un testarudo y un jugador empedernido.

Notemos también que ha habido santos que durante un período más o menos largo de su vida, se han dejado llevar del estado miserabilísimo de la *tibieza.* Recordemos, siquiera brevemente, a *Santa Clarisa,* que se dejó arrastrar por la vanidad y el espíritu mundano, para ver si lograba casarse. Despechada, al ver que nadie de su condición se fijaba en ella, cometió el gravísimo error de abrazar la vida religiosa sin sentir vocación, por lo cual arrastró durante diez años una vida de tibieza, de la cual se desembarazó gracias a sus fervorosas oraciones.

Santa Teresa de Jesús, sintió languidecer de tal manera su fervor, que arrastró también una vida de tibieza, de la cual la libró misericordiosamente el Señor con la tétrica visión del infierno.

Confirmémonos, pues, en la idea de que aunque hayamos sido o seamos unos pecadores, aunque hasta ahora hayamos arrastrado una vida lánguida de tibieza, con la gracia de Dios y con el esfuerzo de nuestra voluntad podemos escalar las más altas cimas de la santidad.

La santidad, por consiguiente, está al alcance de todos, y por humildes que sean nuestras ocupacio-

nes, podemos acumular en provecho nuestros tesoros de méritos sobrenaturales. *Isidro,* fue labrador; *Ana Taigi,* pobre madre de familia; *Zita,* fue criada; *Benito Labre,* mendigo; la Iglesia los ha colocado en los altares. Fue *Matt Talbot,* mozo de cordel; *Margarita Sinclair,* simple obrera; *Simona Raimbault,* modista: son hoy invocados como santos. A menudo, la vida más oscura de este mundo es la más meritoria a los ojos de Dios.

Como podemos ver, ha habido santos de todas las clases y en todos los estados de la vida.

Al considerar ahora cada uno de nosotros, qué hicieron para ser santos los que un día fueron pecadores, ¿por qué no podemos imitar a su conducta y decirnos, como un San Agustín: QUOD POTUERUNT ISTI ET ISTAE, CUR NON EGO? –Lo que hicieron éstos y éstas, ¿no lo podré yo hacer?

Si tantas almas arrepentidas de sus pecados se han entregado al servicio de Dios y han llegado a ser santas, ¿por qué no podré hacerlo yo? Si estos que fueron pecadores, hoy los venera la Iglesia como santos, ¿por qué no podré yo imitarlos en la detestación del vicio y del pecado y ser santos como ellos? Si ellos salieron del estado de tibieza y se entregaron de lleno al servicio y al amor de Dios mediante el cumplimiento de sus Mandamientos y de sus deberes respectivos, y dijeron: «Tengo que ser santo cueste lo que cueste», ¿por qué no procuraré yo también en serlo con todas mis fuerzas?

«Si no me hago santo de joven, dijo un día San Juan Bermans, jamás llegaré a serlo», y pocos años más tarde (a sus veinticuatro años), moría como un santo.

Dios espera a los pecadores y les ofrece el perdón

Grande e inmensa, como veremos luego, es la misericordia de Dios,... y porque es grande e inmensa, tolera los pecados de los hombres, y hace como que no los ve por esperarlos a penitencia. Por lo mismo es cierto que Dios aguarda con paciencia al pecador... que no quiere su muerte... pero temamos... Dios tiene contados, según la expresión del Santo Job, los días de nuestra vida y más allá de ese número de años o de días no viviremos más; así también tiene contados el número de pecados que nos ha de perdonar, y más allá de ese número no nos perdonará más. Temamos no colmar la medida...

Los pecadores viven en el mundo para que tengan tiempo de convertirse a Dios y puedan salvarse. El P. Sarabia, Redentorista en uno de sus sermones, dice:

«¿Sabéis lo que escribía uno de los enemigos más encarnizados de Jesucristo, *Voltaire,* el 25 de Febrero de 1758? En una carta íntima se lo decía a su amigo D'Alembert, tan orgulloso e impío como él: «Veinte años más y el infame (así llamaba a Jesucristo) estará descartado». *Dios le dió veinte años justos para que hiciera penitencia de su soberbia.* No hizo caso, y a los veinte años justos el médico se acercaba a su cabecera y le decía claramente que estaba herido de muerte. Y el descartado fue él. Su muerte fue horrible. Se le ofreció el perdón... antes había rechazado al sacerdote que le visitara,... y murió diciendo: «Muero abandonado de Dios y de los hombres».

Leed las páginas horripilantes de la Revolución francesa. Allí os hallaréis con el nombre fatídico de *Chaumette.* Hacía alarde de su impiedad y su mayor satisfacción era cortar cabezas de hombres leales a la

religión y a la monarquía francesa. El día que Francia celebraba la fiesta de la diosa Razón, Chaumette tomó la palabra y dijo: «Dios, no existes; si existes, prueba tu existencia hiriéndome de un rayo...» *Tuvo algunos meses para hacer penitencia de su impiedad y de su blasfemia.* No la hizo y no le hirió un rayo, pero su cabeza cayó segada por la tajante cuchilla de la guillotina.

Y *Nietzsche,* el judío infame que deseaba sepultar a Cristo en una tumba solitaria donde el viento llevara el polvo de su recuerdo, escribía: «El viejo Dios ha muerto: le hemos matado nosotros». *Y aquel orgulloso sabio tuvo tiempo para hacer penitencia de su locura.* No quiso reconocer sus errores y, al fin, el Señor le quitó el uso de la razón y moría como una bestia».

Pero, a pesar de todo, el profeta Isaías sigue diciendo a lo largo de todos los siglos: *«Da largas el Señor para poder usar de misericordia con vosotros».* Y el profeta Jonás reza de esta manera: *«Yo sé muy bien que tú eres un Dios clemente y misericordioso, sufrido y piadosísimo y perdonador de los pecados».* Y el apóstol Pedro, que recibió de Dios la doctrina de la verdad, escribía a los fieles de los primeros tiempos: *«El Señor espera con mucha paciencia, por amor de nosotros, el venir como juez, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se conviertan a penitencia».* (2 Ped. 3, 9).

«Vivía en el *castillo de la Magdala.* Era joven y hermosa. Tenía mucho corazón y muchas ilusiones. Se le presentó el vicio, vestido de amante, y le ofreció ternuras de besos, una vida entera de amor y de felicidad... Y se fue detrás del vicio... Un día oyó al profeta Nazareno. Aquellas palabras le llegaron al alma.

El verdadero amor era aquel Hombre-Dios que, por amor de los hombres, había bajado del cielo a la tierra. Y lloró sus culpas y le amó. Su amor fue muy grande, y porque amó mucho se le perdonaron sus muchos pecados. Jesucristo no había esperado en vano.

Ni en Tagaste, ni en Cartago, ni en Nápoles, ni en Milán, había inteligencia y corazón como la inteligencia y el corazón de aquel muchacho *que se llamaba Agustín.* ¿Fue un ángel? Sí: cuando tenía diez años. Después fue un perdido, un libertino, un envidioso, un escandaloso, un sacrílego... Ya había pasado de los treinta años y ni un rayo de arrepentimiento había logrado conmover su corazón...

Pero un día, retirado a la sombra de una higuera, leyó unas páginas de las Sagradas Escrituras. Y cayó de rodillas. Oyó la voz de Dios y las lágrimas de la penitencia brotaron de sus ojos. Desde aquel día fue una vida de luz y de amor puesta siempre al servicio de Jesucristo... Jesucristo no había esperado en vano.

Si no conocéis al poeta *Juan Richepin,* os diré que ha sido francés y poeta que, durante muchos años, puso toda su inspiración al servicio del ateísmo y de la impiedad. Entre otras, escribió una poesía que se titula: *La oración del ateo.* Y en ella estampó tales blasfemias y hace alarde de tan estúpida y satánica arrogancia, que pone estremecimientos nerviosos en todo el cuerpo.

Veamos algo de lo que dice en ella: «He entrado en una iglesia y, arrodillándome allí sobre el pavimento frío, recé de esta manera: «Te niego, y nunca, y nunca, nunca jamás inclinaré mi frente al yugo de tu voluntad. Mira. Aquí estoy de rodillas en tu casa. Mírame y manda que se terminen mis luchas espirituales.

Si existes de verdad, envía un rayo mortal sobre mí para que tenga el justo castigo de mi incredulidad. Espero tu fuego celestial. Y, si el rayo me hiere, cuando me quede un aliento de vida, al despedirse mi espíritu de mi cuerpo, quiero gritar con todas mis fuerzas que realmente existes y que ha sido atrevimiento mío el negarte... Pero, si no cae el rayo, puedo levantarme sano y saldré de tu casa diciendo: Tú no existes».

Así blasfema el desgraciado poeta. Y el alma humana se estremece y exclama: *«¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo sufrirás tales injurias?»* Ese es el lenguaje de la impaciencia humana. Aquél osado poeta pasó todavía muchos años en la blasfemia y en la impiedad. Al fin, un día lloró sus culpas y se encerró en la Trapa de Argel y allí hizo penitencia. Jesucristo no había esperado en vano».

Meditémoslo bien todos, y obremos en consecuencia. Dios es misericordiosísimo, pero también es justo,... y un día: *«Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Jesucristo para que cada uno reciba el pago debido a las buenas o malas acciones que hemos hecho durante toda nuestra vida»* (2 Cor. 5, 10) y entonces se terminó el tiempo de merecer el perdón. Ahora Dios nos lo ofrece. El momento de la muerte está más próximo de lo que pensamos.

Todos temen la muerte, pocos la desean. Los buenos y los malos la temen. Los unos, porque temen que en la muerte se acerca el juicio y no se hallan debidamente preparados; y los pecadores, porque para ellos la muerte es el término de los placeres, de las diversiones mundanas, y por lo mismo no quieren oir hablar de ella. Sólo los santos la han deseado, como un San Pablo, una Santa Teresa de Jesús,...

Pero, pensemos o no pensemos, vendrá. Estamos *emplazados* para una fecha fija aunque ignorada. Nos cuadra el nombre de *emplazados,* que se dio a Fernando IV, rey de España. En este reinado se cometió un crimen espantoso en Palencia, y se indagaba quiénes fueran los criminales, y habiendo recaído sobre unos hermanos, los hermanos *Carbajal,* a pesar de sus excusas, el rey dijo que se les sentenciase a muerte. Entonces uno de los hermanos Carbajal, juzgándose inocente, dijo: «Majestad, antes de un mes, os emplazo ante el tribunal de Dios para ver mi inocencia», y antes de los treinta días murió el rey, y se le llama *el Emplazado.* Nosotros también somos emplazados. Preparémonos para el día de la cuenta. Dios nos espera. Desdichado el que no se mueve a cambiar de vida ante las inspiraciones de la gracia: *«Hodie si vocem Domini audieritis... Hoy,* dice el Profeta, *si oís la voz de Dios que os llama a mudar de vida, no querais endurecer vuestros corazones en la maldad».*

Mensaje de amor a los pecadores

Hemos dicho que todos caminamos en busca de la felicidad, y que éste no se halla en las riquezas ni en los goces o diversiones de este mundo,... y que solo la encontraremos siguiendo la senda de los santos. Son ejemplos fehacientes los de San Pablo, San Agustín, Margarita de Cortona,... los de Lavalliére y tantos otros que han abandonado los halagos del mundo por no hallarla en él.

Yo quisiera hacer recapacitar a todos los extraviados, a todos los pecadores del mundo, que sintiendo

ansias infinitas de felicidad no la han hallado aún ni la hallarán jamás en sus desvaríos y diversiones mundanas, que pensaran un poco en el gran deseo que tiene Dios N. Señor de que todos sean felices y cómo los invita y los mueve con sus inspiraciones a que detesten su vida de pecado para que así reconozcan que solo El es el centro de la felicidad verdadera.

Las Santas Escrituras nos dicen: *«La virtud engrandece a los pueblos, el pecado los hace miserables»* (Prov. 14, 34). Por eso, veamos cómo el Mensaje de amor por parte de Dios a los pecadores tiende a invitarles para que, dejando el camino del pecado, se acojan a su misericordia infinita y, limpias sus almas de toda iniquidad, encuentren la dicha anhelada.

Ningunas palabras más apropiadas ni más consoladoras para los pecadores que las revelaciones contenidas en el *Mensaje de Amor,* hechas por mediación del Divino Corazón a las religiosa Sor Benigna Consolata y a la sierva María Josefa Menéndez, muertas en olor de santidad en 1916 y 1923, respectivamente, y de cuyos escritos, en una carta el Cardenal Pacelli, (luego Su Santidad Pío XII) dijo, que «pueden contribuir eficazmente a desarrollar en muchas almas una confianza cada vez más completa y más amante en la infinita misericordia de este divino Corazón hacia los pecadores, que somos todos».

«Almas que estáis enredadas en los mayores pecados..., si por más o menos tiempo habéis vivido errantes y fugitivas a causa de vuestros delitos, si los pecados de que sois culpables os han cegado y endurecido el corazón, si por seguir alguna pasión habéis caído en los mayores desórdenes, ¡ah!, no dejéis que se apodere de vosotros la desesperación cuando os

abandonen los cómplices de vuestro pecado, o cuando vuestra alma se dé cuenta de la culpa... ¡Mientras el hombre cuenta con un instante de vida, aún tiene tiempo de recurrir a la misericordia y de implorar el perdón!

Si por malicia habéis pasado, quizá gran parte de vuestra vida en el desorden o en la indiferencia, y cerca ya de la eternidad la desesperación quiere poneros una venda en los ojos, no os dejéis engañar, aún es tiempo de perdón, y, ¡oidlo bien!, si os queda un segundo de vida, aprovechadlo, porque en él podéis ganar la vida eterna...

Si ha transcurrido vuestra existencia en la ignorancia y el error, si habéis sido causa de grandes daños para los hombres, para la sociedad, y hasta para la religión, y por cualquier circunstancia conocéis vuestro error, no os dejéis abatir por el peso de las faltas ni por el daño de que habéis sido instrumento, sino, por el contrario, dejando que vuestra alma se penetre del más vivo pesar, abismaos en la confianza, y recurrid al que siempre está esperándoos para perdonaros».

«¿Vivís felices? –continuaba diciendo Nuestro Señor a la última de las religiosas citadas–. Bien sabéis que necesitáis algo que no encontraréis en la tierra. Los placeres que buscáis no os satisfacen. Si alcanzáis las riquezas que deseais, no os bastan. El cariño que anheláis presto os causará hastío. No..., lo que necesitáis no lo encontraréis acá. Porque el hombre no ha sido creado para permanecer en la tierra, está hecho para el cielo. Siendo inmortal, debe vivir, no para lo que muere, sino para lo que durará siempre.

Yo os diré dónde seréis felices, dónde hallaréis la paz, dónde apagaréis esa sed que hace tanto tiempo

os devora. En el cumplimiento de mi Ley: ahí lo encontraréis todo. No os rebeléis al oir hablar de ley, pues no es ley de tirania, sino de amor. Sí, ley de amor, porque soy vuestro Padre.»

¡Oh, cuánto se trasluce la misericordia de Dios, en estas palabras, para con los pecadores, y cuán bien lo manifiestan también estas otras!:

«Yo hago mis mejores obras maestras con los seres más miserables, siempre y cuando no opongan resistencia a mis designios sobre ellos. Cuando un alma se arrepiente y llega a odiar el mal que ha tenido la desgracia de cometer, cuando la deplora con todo su corazón, ¿crees tú que soy tan duro que no olvide en el acto todo el mal? No conocerías mi Corazón si no llegárais a pensar.

Mi Corazón amantísimo tiene tal hambre y sed de los pobres pecadores, que cuando un alma comienza a volverse a Dios, mi Corazón no puede estar quieto, corre velozmente hacia ella.

El mal mayor que el demonio hace en las almas, después de haberlas incitado a pecar, es la desconfianza que siembra en ellas. Si un alma confía, tiene abierto el camino; pero si el demonio consigue cerrar su corazón con la desconfianza, ¡cuánto tengo que luchar para conquistarla de nuevo!

«Se tiene una idea demasiado mezquina de la bondad de Dios, de su misericordia, de su amor hacia las criaturas; si se mide a Dios por el rasero de las criaturas y Dios no es limitado..., no tiene tampoco límites mi bondad.

«Yo voy detrás de los pecadores, como la justicia va detrás de los criminales: la justicia, para castigarlos; Yo, para perdonarlos.

La mejor prueba de que amamos al Señor es con-

fiar en su infinita misericordia, la cual es mayor que todas nuestras miserias.

La misericordia de Dios

Para aquel que está bajo el peso de las miserias del pecado, es consolador meditar sobre la misericordia divina.

Es la misericordia divina un atributo que parece resplandecer más que todos los demás que hay en Dios.

En Dios ciertamente todo es grande, todo es infinito... La grandeza de Dios aparece *en su omnipotencia,* por la que sacó del fondo de la nada todas las cosas existentes, la creación entera,... aparece también *en su sabiduría,* que ha trazado el universo y le ha dado esas leyes inmutables por las cuales se rigen el cielo y la tierra,... y aparece *en su Providencia,* que rige y gobierna todos los acontecimientos humanos,... y *en su justicia,* así como en todos los demás atributos... ¿Pero sabéis en cuál de los atributos aparece con mayor claridad?; es *en su misericordia,* sobre todo cuando se trata de perdonar a sus criaturas, a nosotros los pecadores.

Esta misericordia divina *está por encima de todas sus obras,* según las palabras del salmista (144, 9), siendo grande e inmensa como el espacio respecto al universo que envuelve a este, o como la inmensidad del mar respecto a una esponja que en medio de él se ve sumergida y rodeada de agua por todas las partes.

Mar sin fondo y sin orillas es la misericordia de Dios. Esta misericordia es la que nos rodea a nosotros los pecadores. ¡Pobres de nosotros si no fuera así!

La vida de Dios sobre la tierra es un tejido constante de las misericordias divinas... Su misión perdonadora resplandece en su conducta, con los pobres pecadores, con Zaqueo, con la Magdalena, con la mujer adúltera... con el Hijo pródigo... por lo que con razón dijo: *«Yo no he venido a buscar a los justos, sino a los pecadores»* (Lc. 5, 32).

Hoy, en nuestros días, siguen teniendo su cumplimiento las palabras y dichos de los profetas cuando decían: *«En el Señor se halla la misericordia y una copiosa Redención:; «No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva»* (Ez. 33, 11) *«Si el impío hiciese penitencia de sus iniquidades, por grandes que estas sean, yo no las tendré en cuenta, ni me volveré a acordar de ellas»;* y como decía el Sabio profeta: *«Misereris omniuml... Te compadeces de las miserias de todos porque todo lo puedes... y disimulas sus pecados, apartas tu vista, haces como que no los ves por esperarlos a penitencia y al arrepentimiento»* (Sab. 11, 24).

¡Qué grande es la misericordia de Dios para con nosotros! ¿Quién puede desconfiar de ella? Tendríamos razón para desconfiar, si el Corazón de nuestro Señor no fuese mayor que este nuestro pobre, miserable y ruín corazón...

LA MISERICORDIA DE DIOS, debiera ser el motivo de nuestras alabanzas y de nuestros cánticos, como en otro tiempo lo fue para el pueblo de Israel. Hay un Salmo, el 135, que recitaba el pueblo y está consagrado a la Misericordia divina. Cantaban los sacerdotes de la A. Ley las obras de la Misericordia de Dios y el pueblo repetía: *«Porque eres bueno, porque tu misericordia es eterna».* Así en medio de nosotros se debiera levantar uno o cuantos fueran santos y

entonar un cántico a la Majestad de Dios e ir recorriendo una por una las obras de su misericordia, y todos los que somos pecadores reconocidos a la inmensa bondad del Señor, para con nosotros, repetir: PORQUE ERES BUENO, PORQUE TU MISERICORDIA NO TIENE TÉRMINO.

Arrojémonos en los brazos de la misericordia de Dios, arrojémonos en ese mar inmenso de su bondad, arrojemos nuestros pecados, cuya multitud desaparecerá como brizna de hierba en una inmensa hoguera.

Pecadores somos, confiemos en la bondad infinita de Dios Nuestro Señor, pero temamos su justicia: *«Hoy si oís la voz de Dios,* dice el Espíritu Santo, *no querais endurecer vuestro corazón en la maldad».*

«Mientras disponemos del tiempo, obremos el bien» y confiemos sin cesar en esa misericordia infinita del Salvador que es mayor que todos nuestros pecados. «Hay en Él una abundante redención (Sal, 130, 7), y aunque todos nos abandonen, no nos abandonará nunca el Corazón de Nuestro Señor. Salgamos del pecado para no volver a caer ya más en él. San Pedro, la Magdalena... la Lavalliére,... no cayeron ya más después de recibir el perdón.

«Tú, ¡oh Dios nuestro!, eres dulce, verdadero, paciente, y todo lo dispones con misericordia. Porque si pecamos, somos tuyos y conocemos tu grandeza; y, si no pecamos, sabemos que Tú tienes cuenta de nosotros. Conocerte es la perfecta justicia, y comprender tu equidad y poder es raíz de la inmortalidad» (Sap. 15, 1-3).

No hay felicidad sin Dios

La conversión de muchos pecadores son una prue-

ba de lo que afirmamos en el título de ese capítulo.

Dice el Evangelio que habrá más alegría en el cielo por la conversión de un pecador, es decir, por un pecador arrepetnido, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia.

A la alegría del cielo se viene a juntar la alegría de los pobres pecadores que se convierten a Dios, hallando así la felicidad que no pudieron hallar en el mundo.

La Lavalliére, apartada de Dios por el pecado después de tanto tiempo, por vez primera en su vida, vino a sentir esa felicidad que produce la paz de la conciencia... Decidida a cambiar devida... se confesó, y al apartarse del confesionario se desbordó en un torrente de lágrimas y de arrepentimiento y a su vez de agradecimiento a su Dios.

Al salir del templo no pudo menos de exclamar y decir a su amiga Leo: *«Verdad, que si la gente supiese la dicha que encierra... ¿no es cierto que se confesaría?»*

Esto le trae el recuerdo de los últimos instantes de una persona de su intimidad que murió durante la guerra europea. El cual, al acercarse la artista a su lecho en el hospital a donde había sido evacuado desde el frente, le dijo con profunda gratitud:

«Llegas aún a tiempo, Eva; cuánto te lo agradezco. Me he confesado, ¿sabes? Porque a esta hora todo cambia. La realidad de lavida nos incita locamente a no pensar, pero no hay más realidad que esta, que todo termina. Ahora, limpia mi conciencia, al menos moriré tranquilo...»

Esto me recuerda a mí también la confesión del gran compositor Chopin, «que en medio de la frívola sociedad francesa llegó a perder la religiosidad de su

alma. Próximo a la muerte, recibió la visita de un amigo de la infancia, que era sacerdote. Al oir aquél las palabras de este antiguo amigo, volvió a la fe, e hizo con lágrimas confesión, y besando el crucifijo, dijo: «Ahora he encontrado la fuente de la felicidad».

Ciertamente no hay felicidad sin Dios, y ninguna de las diversiones que buscan en este mundo los mortales, y ni cuanto halaga a los sentidos: cines, teatros, bailes, salones, concurrencias profanas,... llena el corazón humano. Sólo la religión, sólo la pureza de conciencia, puede aliviar nuestras penas en las desgracias o en la muerte.

El alma no halla reposo fuera de Dios, y es que fue creada para Él, y «el corazón, según el dicho de San Agustín, está intranquilo mientras no descansa en Dios».

Muchos jóvenes titubean en sus creencias al oir o al leer que tal hombre ilustre o sabio famoso era incrédulo. Y no piensan que la fuente o motivo de su incredulidad viene a ser un corazón corrompido, y no es una inteligencia cultivada ni lo que llaman sabiduría,... pues no es tal, ya que *«la verdadera ciencia, como dice el* Espíritu Santo, *no anida en un alma manchada por el pecado».* (Sab. 1, 4).

La luz brillante de la fe arde solo en las almas que respiran un aire puro...

Enrique Lavedan, escritor francés ateo, antes de la guerra mundial, que tanto se mofaba de Dios y de la Religión, hizo una confesión pública arrepintiéndose de sus escándalos, y dijo: «Me reía de la fe..., me juzgaba sabio a mí mismo... Era un engaño... *Abandonar a Dios es perderse.* No sé si viviré mañana... Lavedan no se atreve a morir ateo. Creo en Dios, creo».

Anatole France, que sólo sabía escribir contra la

Religión,... dijo a un amigo suyo: «Si pudieras echar una mirada a mi corazón, te espantarías. Soy un desgraciado. Nunca he sabido en qué consiste la felicidad».

La felicidad, pues, no existe fuera de Dios. La alegría verdadera nace de corazones puros. La causa de la incredulidad nace de corazones corrompidos.

La conversión de las almas que tanto gozo han dado al Corazón de Jesús son las que han comenzado por sentir un verdadero odio por su pasado, es decir, por su vida de pecado.

Día grande y de inmenso júbilo para el cielo es el día de la conversión de un pecador.

Todos debemos convertirnos de lleno a Dios, y procurar se cumpla en cada uno de nosotros este lema: *De pecadores a santos.*

¡Cuántas gracias estamos obligados a dar a Dios por los beneficios recibidos!

Bien podemos reflexionar y agradecer a Dios tanto bien al recordar el día de nuestra conversión, diciendo:

«Qué paciencia más grande y más constante que la de habernos aguardado durante tanto tiempo el día que al fin hemos comenzado a arrepentirnos de nuestros pecados... Y, que no contento con esperarnos como a hijos pródigos, ha deseado, incluso, recibirnos en la mansión de su Padre celestial; perdonándonos nuestros crímenes, nos allana el camino del cielo, dándonos un corazón nuevo, mediante el cual ahora nos parece dulce lo que antes nos parecía amargo, y se hace insoportable lo que antes se nos hacía delicioso».

Cada uno también podíamos decir con gratitud:

«Tiemblo al acordarme de mi salvación y doy mu-

chas gracias a Dios por haber sido tan bueno con su pequeña nada, que no ha permitido que me perdiese para siempre».

Los santos no nacen, se hacen

Hay algunas vidas de santos en las que estos aparecen desde los primeros momentos de su existencia, como almas privilegiadas, con un natural bondadoso, sin malas inclinaciones, exentos de flaquezas y defectos, pareciendo más que hombres, ángeles en carne humana.

Y al ver tanta inocencia y carencia de defectos en estas almas extraordinarias, algunos sacan la consecuencia de que la santidad no es para ellos, que se encuentran tan llenos de pasiones y malos instintos.

Pero si tenemos en cuenta que, aunque todos los santos son hombres, no todos son de la misma condición y manera de ser, se verá la falta de lógica que hay en creer que todos los santos han sido de un natural bondadoso y dado a la virtud.

La misma historia nos dice y lo atestigua, que ha habido santos que, antes de serlo, han sido grandes pecadores, y que se han hechos santos luchando con sus miserias, con sus defectos y hábitos pecaminosos.

Si queremos, pues, ser santos, lo seremos. Dios corresponderá a nuestra voluntad con las gracias necesarias y suficientes. Todos como dice el Concilio Vaticano II, religiosos y seglares, pobres y ricos, sabios y hombres sencillos, casados o solteros, estamos llamados a la santidad y tenemos obligación de tender a ella. Dios «a todos nos llama a la santificación». (1 Tes, 4, 3; Mt 5, 48; LG. 39).

En el cielo hay santos de toda clase y profesión social. La santidad no requiere estudios, ni supone grande ingenio o el tener que vivir en el claustro. Se puede santificar uno en el mundo cumpliendo con sus deberes y haciendo en todo la voluntad de Dios, manifestada por el Decálogo o por el superior, o bien por las Reglas cuando nos consagramos a Dios en una vida más de perfección. La santidad no está lejos de nosotros. Dios la ha adaptado a nuestra capacidad y a nuestras personales circunstancias.

Los santos que vemos hoy canonizados no eran de distinta condición a la nuestra. Algunos tenían genio y mal carácter como nosotros; sentían las pasiones y la vanidad y la impureza y el amor propio como nosotros..., y precisamente se hicieron santos luchando con sus pasiones y defectos. Por lo tanto, nadie debe desanimarse ni renunciar a la santidad si experimenta dificultades o cae en defectos... Si así fuera, hay que hacer como el caminante que cae, que se levanta para seguir su camino, y del mismo modo tenemos que levantarnos nosotros de nuevo de la tibieza o de tal falta, si no, no llegaremos al término.

Es menester comprender que la santidad no está precisamente en verse uno adornado de dones extraordinarios, como milagros, profecías o éxtasis,... pues tal santidad no es de todos ni para todos, sino que más bien está en la vida común y oculta hecha de *humildad,* de sacrificios, de contínua abnegación, de vida interior... que pasa desapercibida para los más, y éste es la verdadera práctica del Evangelio.

Desde luego conviene advertir que al aspirar a la santidad no la hemos de hacer consistir en una virtud determinada, por ejemplo, la castidad, etc., o en una forma especial de buenas obras, por ejemplo: en el

ayuno, en la limosna, etc., o en piadosas sensibilidades,... La verdadera santidad consiste en hacer la voluntad de Dios, en el lugar, condición y profesión en que la Providencia nos ha colocado, cumpliendo con *rectitud de mente y de voluntad* las obligaciones de nuestro estado».

El primer grado de santidad está en evitar el pecado mortal, viviendo en la disposición habitual de morir antes que cometer un pecado mortal.

El segundo grado está en evitar todo pecado venial o, por lo menos, no conservar afecto a ninguno de ellos.

El tercer grado está en hacer vida de amor, es decir, aceptar realizar y sufrirlo todo por amor de Dios y en unión con Jesucristo.

En este tercer grado se dan, no obstante, otros tres grados de perfección:

1.º Aceptarlo todo sin quejarse, con espíritu de fe, especialmente las cruces y las pruebas.

2.º Hacerlo todo por amor de Dios, con espíritu de penitencia y de obediencia.

3.º Sufrir las cruces y penas inherentes a la vocación, en unión con Jesucristo, por la salvación de las almas.

La disposición primera para la santidad es, como hemos dicho, *quererla de veras.* La segunda disposición está *en desconfiar de nosotròs mismos,* es decir, en no creer que nosotros mismos con nuestras propias fuerzas, sin la gracia de Dios, podamos santificarnos, y tercera, *mucha confianza en Dios,* pues, como decía el apóstol: *Todo lo puedo en aquel que me conforta.* (Fil. 4, 13).

Ayudas para la santidad. Son muchas; las principales son tres. *Una buena dirección,* he aquí la pri-

mera. Pongamos nuestra confianza en un sacerdote docto, piadoso y celoso: digámosle con santa sencillez y naturalidad cuanto de bueno y de malo haya en nosotros; confiémosle nuestros deseos, nuestras dificultades, nuestras repugnancias; descubrámosle nuestro lado débil y nuestras buenas disposiciones. ¡Cuánto puede ayudarnos un Director experimentado e ilustrado! Debiendo elegir entre un Director piadoso, pero no tan ilustrado, y otro ilustrado y menos piadoso, habrá quizás que preferir el segundo.

Para adelantar en la virtud, convendrá tener por norma confesarnos con un confesor sabio y virtuoso, y no cambiar, sin necesidad, a no ser que perdiésemos la confianza en él o sus consejos no nos llevasen cada día más hacia Dios. Para mayor mérito, nuestras mortificaciones y obras buenas deben llevar el sello de las obediencia, es decir, el visto bueno del Director, ya que está en nombre de Dios.

Si la Providencia nos obligase a tener por Director a un sacerdote quizás menos que mediano, no nos aflijamos. Jesús puede hacernos santos aun con instrumento menos idóneo; suple Él divinamente a las humanas deficiencias. Si tu no encuentras un director que te inspire confianza, confiésate con el sacerdote que creas mejor, cumple con tus obligaciones de cada día, y si obras con pureza de intención, Dios te abrirá camino.

Otra poderosa ayuda para la santidad son las tentaciones, las inquietudes, las cruces, las personas molestas, pues, vienen a ser como el cincel de que Dios se sirve para labrar en nosotros la divina imagen. La santidad es tanto más verdadera y sólida cuanto más se madura en la tribulación.

Las mismas faltas son otra ayuda para conseguir la

santidad, no por sí mismas, puesto que son intrínsecamente deplorables, sino como ocasión y medio de ejercitarse en la humildad, en la contricción, en la confianza en Dios.

¡Dichoso el defecto, la falta que se redime con muchos actos de humildad y que nos da ocasión de hacer muchos actos de amor!

Señales de verdadera santidad: Dominio de nuestro carácter, suavidad de modales, amor al ocultamiento, a la vida con Jesús, estar siempre contentos aún en el último puesto, en un rincón y bajo los pies de todos. He aquí las señales de verdadera santidad; lo cual no prohíbe que exponga uno sus derechos cuando a ello le obliga un deber de justicia, de caridad o de dignidad (P. J. Borgonovo).

Emprendamos el camino de la santidad y no nos asuste nuestra vida de pecado anterior. La misericordia de Dios es infinita y es mayor que nuestras miserias. La santidad está en conocer bien nuestras faltas, detestarlas y querer ser mejor. El tiempo más propicio para hacernos santos es la juventud. San Juan Bermans se repetía: «Si no me hago santo de joven, jamás llegaré a serlo». No obstante, cualquiera edad de la vida, Dios Nuestro Señor la acepta para que las almas entren en su servicio y se salven. Emprendamos, sí, este camino, si nos es posible, bajo la dirección de un buen Director espiritual, el cual, conociendo nuestros propósitos, nuestras inclinaciones, nuestras tentaciones, y, en una palabra, pecados y virtudes, pueda dirigirnos únicamente por el sendero que nos lleva a la verdadera santidad.

Alegrarse, amar, sufrir

He aquí en estas palabras el lema que hay que seguir para alcanzar la santidad.

La vida de los santos encanta. ¡Qué esperanzas más admirables y dignas de imitar se desprenden de sus vidas tan ejemplares!

El mundo solo juzga dichosos a los ricos, a los que se ríen, a los que se divierten,... no es así a los justos, a los que llevan vida de piedad,... pero se equivoca el mundo en sus juicios.

La verdadera felicidad y la verdadera alegría del vivir no la da el mundo como lo vimos en los diversos ejemplos, entre otros el de San Agustín,... el de la Lavalliére, la convertida de nuestros días, ya que la vimos exclamar: «Tengo oro, joyas, autos,... cuanto se puede tener en este mundo, y sin embargo, soy la más desgraciada de las mujeres».

La felicidad, la verdadera alegría, nace de corazones puros. Esta alegría es la que recomiendan los Libros Santos: *«Servid al Señor con alegría»* (Sal. 100, 2).

La virtud, pues, no es *triste*, como el mundo la pinta, con carácter melancólico y retraído, sino al contrario, es *alegre*. Esta alegría nace espontánea del alma que está en gracia de Dios, y así dice el Salmista (Sal. 32): *«Alegraos y regocijaos en el Señor, oh justos, y cuantos obrais el bien»*. «Ten buena conciencia y siempre tendrás alegría» (Kempis).

Por eso la Lavalliére dirá después de su conversión: «Nunca he sido tan feliz como el día que encontré a mi Dios». Dios, pues, es y será el centro de la felicidad y de la verdadera alegría.

La alegría en la vida espiritual viene a ser un axioma. «No hay base de santidad es un alma melancólica, decía el P. Faber. La alegría es como un misionero que habla de Dios y conquista almas para Él». Y San Felipe Neri, el prototipo de el Santo alegre, dice entre sus máximas: «El verdadero camino para progresar en las virtudes consiste en perseverar en la santa alegria. La serenidad de ánimo fortalece el corazón y nos da la perseverancia en las buenas obras; por esto el siervo de Dios debe estar siempre de buen humor». Máxima es esta que nos recuerda aquella tan conocida, de San Francisco de Asís, atribuída también a Santa Teresa de Jesús, y aun al mismo San Felipe: «Un santo triste es un triste santo». De San Francisco de Sales es también esta otra: «Trabajar alegremente, es trabajar bien el doble». Y Santa Teresita del Niño Jesús nos dejó escrita esta sentencia: «Jesús ama los corazones alegres, le place siempre un alma sonriente», que nos trae a la memoria aquella de San Pablo: *«Dios ama al que da con alegria»* (2 Cor., 9, 7).

La Sagrada Escritura nos exhorta a vivir alegres en el Señor y nos manda huir de la tristeza. Véase, por ejemplo, este texto del Eclesiástico: *«Echa lejos de tí la tristeza.* Y nos da la razón del mandato: *«A muchos ha muerto la tristeza que para nada es buena».* (Eclo. 30, 24-25). Solo la tristeza de haber ofendido a Dios por el pecado es la que es buena, en cuanto obra la penitencia y es comienzo para entrar en el camino de la gracia, de donde vienen a brotar las alegrías más puras.

La verdadera alegría en la vida espiritual va impregnada del amor más puro y de los sacrificios más excelsos por la gloria de Dios Nuestro Señor.

Por eso los santos, sabiendo que están en la tierra para merecer el cielo, término donde se halla toda la dicha, van por el camino que nos enseñó Jesucristo, el Dios hecho hombre, y este camino es el del amor, y el de la Cruz, o sea del sacrificio.

Un joven que había vivido rodeado de toda clase de comodidades, un hombre de mundo que acertó a dejarlo todo por seguir a Jesucristo, y cuya vida es el reflejo de un verdadero santo, nos dice:

«¡Qué grande es la alegría de vivir, cuando se tiene a Dios, y sólo a Él...!, ¡qué dulce es el sufrir y ameno el silencio...! Dios y sólo Dios, suple lo que el mundo y sus criaturas no pueden dar...; una paz inmensa llena el corazón, del que sólo es para Dios, y paz sólo la posee el que a sólo Dios desea...» (Hno. Rafael).

* * *

Santa Teresita del Niño Jesús dice que «solo conoce un medio para llegar a la perfección: *el amor*». Y enseña que «las más pequeñas acciones practicadas por amor son las que encantan al Corazón de Jesús», le enamoran, le atraen a nosotros. Y por lo mismo opina que «el alma más fervorosa es la que es más fiel en practicar todos sus actos por amor». «Nuestro Señor no mira tanto la grandeza de los actos ni de su dificultad, como el amor con que se hacen». Y ella misma procuraba que su vida fuese un acto de amor. Santo Tomás de Aquino, con todos los Ascetas, nos dirán que la esencia de la perfección está en el amor... y en el amor *no de palabra, sino traducido en obras,* o sea en el cumplimiento de los Mandamientos y consejos del Señor.

La Santa citada, insiste sobre el valor de lo actos hechos por amor, diciendo que una cosa insignificante, como recoger una hilacha del suelo por amor,

puede salvar un alma. Que el más pequeño movimiento de amor vale más que todos los otros actos juntos.

En esto sigue exactamente a San Juan de la Cruz cuando dice que «todas las visiones, revelaciones y sentimientos del cielo... no valen tanto como el menor acto de humildad, la cual tiene efectos de la caridad»...

Y cuando habla de la unión de amor con Dios, dice: «es más precioso delante de Dios y del alma un poquito de este puro amor; y más provecho hace a la Iglesia, aunque parece que no hace nada, que todas esas otras obras juntas»...

«Al enfrentarme con la perfección, nos dirá la misma Santa Teresita, he visto que para llegar a ser santo, era necesario *sufrir mucho, aspirar siempre a lo más perfecto y olvidarse uno de sí mismo*».

«Lo único que merece llamarse amor, es la entera inmolación de uno mismo».

«LA VIDA ESPIRITUAL, ES SUFRIR Y NADA MAS». Estas palabras de la Santa me inspiran esta consecuencia:

Siendo el dolor como un atributo esencial de la naturaleza humana, puesto que es universal y nadie está exceptuado de él, ya que al nacer y al morir se llora, y entre el nacimiento y la muerte se yergue una gran cruz que con un brazo toca a la cuna y con el otro a la sepultura, resulta que el mérito del dolor y del sufrimiento está en *saber sufrir*. Sufre el niño y el obrero la dureza de su trabajo, y el pobre, y el rico, y el reo y el inocente... Muchos sufren a lo pagano, esto es, sufren y reniegan de la cruz, mas solo los santos abrazados a la cruz dicen: «La vida espiritual es sufrir y nada más». Luego los santos son santos porque

saben sufrir con amor, con alegría y con resignación, ofreciendo sus dolores en sacrificio y holocausto en unión de los dolores de Jesucristo que sufrió un día para expiar nuestros pecados.

¡Misterio profundo el del dolor! Para los que no tienen el consuelo de la fe, es insoluble y desesperante, más para nosotros que sabemos que es el desquite del pecado, para nosotros el seguir a Cristo que dijo: *«El que quiera venir en pos de Mí, que tome su cruz y me siga»,* nos es consolador poder y *saber sufrir* por ser el dolor expiación y poder *así completar en nuestra propia carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia* (Cor. 1, 24).

No parece ser sino que el Señor ha querido aplicarnos sus méritos a través del dolor, y por él el expiar nuestros pecados propios y los del mundo.

«Así se explica cómo el sufrimiento constituya una de las señales más ciertas de predestinación, ya que nos asemeja mejor al Varón de dolores por antonomasia. Cristo Jesús, cuyo cortejo íntimo forman los mártires, los perseguidos, los que lloran, los que sufren, los que sienten en su carne o en su espíritu rasguños de dolor».

A las religiosas citadas anteriormente (p.42), dijo el Corazón de Jesús: «¿Comprendes ahora cuán preciosa es mi Cruz? No la temas... Soy Yo quien te la doy y no te dejaré sin las fuerzas necesarias para llevarla... Mi corazón es el que da vida a las almas, el que da vida al mundo...; pero se la da desde la Cruz. Así, es necesario que las almas escogidas para dar luz y vida al mundo entero, a la vista del ejemplo que les ha dado su Salvador y Maestro, se tiendan con gran sumisión sobre esta cruz».

«Yo he muerto en una cruz paraalvar almas. No te

pido cosas grandes, pero sí el sacrificio de una frase que dirías con gusto, de una mirada que satisfaría tu curiosidad, dejar de pensar algo que agrada, en una palabra: el perfume del sacrificio exhalándose siempre y en todo, ofrece todo esto unido a mis méritos infinitos y tendrás un valor que sobrepujará todo cuanto puedas figurarte».

El Divino Corazón dijo también a Santa Gemma Galgani: «¡Oh, hija mía! ¡Cuánta ingratitud y malicia guarda el mundo para mí! Los pecadores siguen pertinaces en la misma obstinación de pecar..., de modo que ya mi Padre no quiere tolerarlos más tiempo. Las almas envilecidas y flacas no se hacen ninguna fuerza para vencer su carne. Las almas afligidas caen en el desaliento y se desesperan. Las almas fervorosas a poco se van enfriando... Yo no recibo de las criaturas sino ingratitud y desconocimiento...

«Tengo sed de almas que ofrezcan a mi Corazón un consuelo proporcionado al dolor que le causan tantísimas criaturas. *Tengo necesidad de víctimas, pero víctimas fuertes.* Para calmar la ira justa de mi Padre del cielo, necesito que se presentan almas, cuyos padecimientos, tribulaciones e incomodidades suplan por la malicia y la ingratitud de los pecadores. ¡Oh, si pudiera dar a entender a todos cuán indignado está con el mundo mi Padre Celestial! Nada es ya capaz de contener su enojo. ¡Espantoso castigo va preparando contra el género humano!»

Estas palabras se las dijo Nuestro Señor a Santa Gemma a comienzos del siglo. La falta de enmienda del mundo ha traído el castigo: revoluciones, guerras, hambre, inquietud social, odios, rencores y toda plaga de males que hoy desola a la humanidad. Pues, según se dignó manifestarloanteriormente a Santa Ca-

talina de sena, «Dios castiga más gravemente la culpa después de la Pasión de Cristo que antes, y si prometía usar misericordia con el mundo y con la Iglesia era mediante la oración y sufrimiento de las almas reparadoras».

Valor del sufrimiento

Sabido es que nadie quiere sufrir porque la naturaleza humana se resiente a cuanto la contraría; pero de hecho a todos nos toca sufrir, porque la ley del dolor es universal y nadie está exento de ella. Todo está en que sepamos sufrir.

La Escritura Santa nos dice que por Adán, el primer hombre, entró el pecado en el mundo y por el pecado el dolor y la muerte (Rom. 5, 12).

Jesucristo quiso hacerse hombre para poder sufrir por el hombre, y por medio del dolor redimirnos del pecado. Él triunfó del dolor y de la muerte, pues resucitó para nunca más morir.

Nuestro camino es el de Cristo: sufrir y morir juntamente con Él para triunfar resucitados y así gozar eternamente con Él.

Jesucristo vino a redimirnos y santificó el dolor, y fue precisamente al padecer y morir por nosotros, y ahora quiere que con alegría participemos de su Pasión uniendo nuestros dolores a los suyos para que, cuando se descubra su gloria, gocemos también con Él llenos de júbilo (1 Ped. 4, 13).

Jesucristo nos dice a todos: *«Quien no carga con su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo»* (Lc. 14, 27). Y como a Él debemos imitarle, por eso el apóstol San Pedro nos dice: *«Cristo padeció por no-*

sotros; dándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas» (1 Ped. 2, 21).

Y San Pablo nos anima a padecer valerosamente por Cristo y unidos a Él, porque *«los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros»* (Rom. 8, 18).

«Cuando se sufre debemos hacer intención de sufrir por Cristo y unir nuestros dolores a los suyos para ser portadores de méritos redentores» (Pablo VI).

El ejemplo de Juan Pablo II

Desde que fue elegido Papa, uno que haya seguido la trayectoria de sus discursos, habrá notado que con preferencia y con relativa frecuencia nos está hablando del dolor y de su mérito santificador y redentor, y cómo le agrada ir a hospitales para visitar a los enfermos e inválidos y dirigirles su palabra con amor.

En los días de Cuaresma (marzo 1981), dijo: «Queridos hermanos y hermanas que sufrís, que os sentís en desventaja física, *ayudad con la oración y con el sacrificio de vuestros sufrimientos,* de vuestra suerte dura, a los que están enfermos del alma. A veces ni lo saben, no se dan cuenta de lo enferma que está su alma inmortal. Han adormecido su conciencia y endurecido su corazón.

¡Ayudadlos a despertarse! ¡Ayudadlos a que les llegue la voz de Dios viviente, la voz que hable en la Cuaresma con el sacrificio de la cruzde Cristo!»

Días más tarde, en abril del mismo año 1981 se expresó así: «Queridos enfermos..., os amo de verdad:

no sólo por la caridad que nos debemos mutuamente, sino también por el título particular que os hace participar más que los demás en el misterio de la cruz y de la redención; os amo porque el dolor os confiere una dignidad que merece preferencia de afecto; os amo porque veo en vosotros los tesoros de la Iglesia, la cual se enriquece contínuamente con el don de vuestros sufrimientos; os amo porque peregrináis hacia el cielo, siguiendo un sendero duro y áspero y pasaís a través de la puerta estrecha; os amo porque os pertenece la bienaventuranza reservada por Cristo a los que sufren. ¡Benditos seáis!

A todos vosotros, probados por el sufrimiento, y que ahora me escucháis, ¿acaso hay necesidad de recordar que vuestro dolor se une cada vez más al Cordero de Dios, el cual, mediante su pasión ha «quitado el pecado del mundo»? (Jn. 1, 29) ¿Y que, por tanto, vosotros, asociados a Él en la pasión, podéis ser corredentores de la humanidad?»...

Mensaje del Papa enfermo

A los pocos días de su elección, Juan Pablo II fue a visitar a los enfermos del hospital «Gemelli» y a exhortarles a unir sus dolores a los de Cristo Redentor. Y ¿quién lo diría que un día no lejano sería internado él en el mismo hospital porque unas balas enemigas atravesarían su cuerpo? He aquí su mensaje:

«Deseo dirigirme hoy, de modo particular, a todos los enfermos para hacerles llegar, yo, enfermo como ellos, una palabra de consuelo y de esperanza.

Cuando inmediatamente después de mi elección a la Cátedra de Pedro, vine a hacer una visita al policlí-

nico Gemelli, dije que deseaba apoyar mi ministerio papal, sobre todo, en los que sufren.

La Providencia ha dispuesto que yo vuelva al Policlínico Gemelli como enfermo. Reafirmo ahora la misma convicción de entonces: el sufrimiento, aceptado en unión con Cristo que sufre, tiene una eficacia inigualable para la realización del plan divino de salvación.

Repetiré por ello con San Pablo: *«Estoy contento del sufrimiento que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia»* (Col. 1, 24).

Invito a todos los enfermos a que se unan conmigo en el ofrecimiento a Cristo de los sufrimientos para bien de la Iglesia y de la humanidad. María Santísima nos sirva de sostenimiento y de consuelo.

Extiendo también mi saludo cordial a todos los que están unidos conmigo en la plegaria... y les aseguro que les recuerdo delante del Señor (24-V-1981).

Juan Pablo II aparece ante el mundo como el gran apóstol de todos con su palabra, con su ejemplo, con su oración y con su sacrificio.

También merece que consignemos aquí el primer radiomensaje y anterior a éste de Juan Pablo II desde el lecho del dolor. Éstas fueron sus palabras:

«Amadísimos hermanos y hermanas: Sé que estos días, especialmente en la hora del «Regina Caeli», estáis unidos a mi. Emocionado os doy las gracias por vuestras oraciones y os bendigo a todos.

Me siento particularmente cercano a las dos personas que resultaron heridas juntamente conmigo. Rezo por el hermano que me ha herido, al cual he perdonado sinceramente.

Unido a Cristo, sacerdote y víctima, ofrezco mis sufrimientos por la Iglesia y por el mundo».
(Véase *«Diccionario de espiritualidad»* p. 108 y siguientes).

Para ser santo, véncete a ti mismo

Nuestro deber de cristianos es perseverar en la vida de gracia, y el que vive en pecado debe pasar de pecador a santo, pero ¿cómo hacerlo y ser de hecho santo?

La santidad debe ser el término de nuestras aspiraciones, porque *«ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación»* (1 Tes. 4,3) y nos eligió desde toda la eternidad para este fin (Ef. 1,4), y porque nos dice a todos: *«Sed perfectos como vuestro padre celestial es perfecto»* (mt. 5,48).

Notemos que dice «como», lo que significa, no igualdad, esto es, Jesucristo desea que nos esforcemos para aproximarnos y asemejarnos a Él (a su Padre celestial) en la medida que nos es posible, y en lo que podemos imitar a Dios es en la caridad, pues *«Dios es caridad»* (1 Jn. 4, 16) y *«la caridad es el vínculo de la perfección»* (Col. 3, 14).

Lo opuesto a la santidad es el pecado y éste es el mayor estorbo en el camino de nuestra santificación, porque *«el pecado es la trnasgresión de la ley de Dios»* (1 Jn. 3,4), y como Jesucristo ha dicho: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17), tenemos que todo el que quebranta la Ley de Dios es pecador, y como tal vive separado de Dios, mientras que el santo vive unido a

Él, como el sarmiento a la vid, y así vive la vida de gracia y en amistad con Dios.

Esta vida de gracia o vida cristiana supone una lucha constante e implacable contra el pecado, contra las tendencias pecaminosas o pasiones desordenadas. Es el «agere contra», lo característico de la ascética ignaciana, o sea, dar a la pasión lo contrario de lo que pide: Pides riqueza, toma pobreza; pides placer, toma dolor; pides honra, toma humillación. Pero, ¡esto cuesta! Llamarse católico y buen católico, sin aprender esta lucha, dejando que las pasiones retoñen y crezcan como las plantas silvestres..., es un contrasentido.

«Cristiano sin abnegación es un cristiano muy de moda... Santidad sin abnegación: disfrutando de todos los placeres que reclaman las pasiones, de todas las satisfacciones que puede ofrecer la técnica moderna, es un *cristianismo falso,* opuesto en todo al espíritu del Evangelio y a las condiciones indispensables que exige Cristo a los que aspiran a ser discípulos suyos y a conseguir la santidad» (P. Rey. S.I.)

Para ser santo hay que vencerse a sí mismo, hay que luchar con gran esfuerzo contra las máximas del mundo. «El reino de los cielos se gana a viva fuerza» (Mt. 11,12).

La mayor parte de los hombres enredados en las preocupaciones de esta vida y en sus negocios temporales, movidos por una sed insaciable de placeres y diversiones y por lo mismo entregados por completo a las cosas de la tierra, se ven en un ambiente malsano y propio de nuestros enemigos: mundo demonio y carne, cuyas máximas son opuestas a las del Evangelio.

Las máximas del mundo no son otras que la exaltación de las riquezas, honores, placeres, el fraude, el engaño y la violencia puestos al servicio del propio egoismo. La juventud se ve así entregada a toda clase de excesos y pecados y se les oye decir: Hay que disfrutar de la vida, ganar dinero como sea, comer bien, divertirse... y tentados por sus concupiscencias frecuentan cines, bailes, centros de perversión, discotecas inmorales... y se les ve que no piensan ni viven más que para el placer y la diversión, y hasta se burlan de la vida de piedad y ridiculizan los vestidos y espectáculos morales... Estos son los enemigos de nuestra santificación.

Las bienaventuranzas propuestas por Jesucristo

Estas son las que deben practicar las almas para ser santas, y luchar contra las falsas bienaventuranzas del mundo. A los que dicen: «No puedes ser feliz a menos que seas rico», Jesús les dice: *«Bienaventurados los pobres en el espíritu»*. A los que dicen: «Vengaros, no dejéis que se salga con la suya», El les dice: *«Bienaventurados los mansos»*. A los que dicen: «Rie, diviértete, y el mundo reirá contigo», El les dice: *«Bienaventurados los que lloran»*. A los que dicen: «Si la naturaleza ha dado instintos sexuales, busca el placer, dándoles libre expresión...» Él les dice: *«Bienaventurados los limpios de corazón»*...

Jesús quiere que se venzan los instintos sexuales en vez de permitir que esclavicen a las personas; domar las conquistas económicas en vez de hacer que la felicidad consista en la abundancia de las cosas externas al alma. De las falsas bienaventuranzas que hacen

depender la felicidad de la expresión de si mismo, de la licencia, de pasarlo bien, o de «comer, beber, y divertirse para morir mañana» de todas ellas, Él se burla porque tales cosas traen desórdenes mentales, desgracias, falsas esperanzas, temores y ansiedades.

La clave para entender el sermón del monte es la manera como usaba dos expresiones. Una de ellas era: *habéis oído;* la otra era la palabra breve y enfática, *«pero»*... «Habéis oido que se dijo: *«No cometerás adulterio».* Moisés lo había dicho; las tribus paganas lo sugerían; los primitivos lo respetaban. Ahora venía el terrible y espantable *pero: «pero yo os digo que todo aquel que mira a una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio con ella en su corazón».*

Nuestro Señor penetraba hasta el fondo del alma, se apoderaba del pensamiento y marcaba como pecado icluso el *deseo* de pecar... (Fulton J. Sheen).

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia», de rectitud, de verdad y de santidad, dijo Jesucristo; mas ¡qué pocas almas tienen estas aspiraciones y anhelos sinceros, de santidad, pero a ella deben tender. y no contentarse sólo con evitar el pecado mortal, sino todo pecado venial deliberado... y tender en lo posible a la perfección, mas como no es posible huir materialmente del mundo, tenemos que vivir en el mundo sin renunciar a la perfección cristiana y adquirir el «espíritu de Jesucristo» que es diametralmente opuesto al espíritu del mundo. Se impone, por tanto, la huida de ocasiones, apartarse de los espectáculos que arrastran a la vanidad y al pecado, porque *«el que ama el peligro, perecerá en él»* (Eclo. 3,27), y considerar la vanidad del mundo, porque *«la escena de este mundo pasa rápidamente»* (1Cor. 7, 31), y con él *pasan sus placeres y concupis-*

cencias (1 Jn. 2, 17). Además hay que pisotear el respeto humano, no hacer caso del *qué dirán*... y disponerse a renunciar para siempre a sus máximas y vanidades. La santidad es obra de almas decididas, fuertes y valientes.

Y por último, como remedio más eficaz para triunfar, es orar, apoyarnos en Dios, avivando cada día más nuestra fe, que nos da la victoria contra el mundo. *«Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe»* (1 Jn. 5,4).

La fe nos debe mover a apartarnos de la máximas perversas del mundo, y por ella mortificarnos para alcanzar la perfecta unión con Dios y por ella aprender a renunciar a espectáculos y diversiones pasajeras. El que aspire a la santidad *debe aprender a mortificarse en cosas pequeñas y lícitas,* para luego saber vencerse en cosas mayores que pueden llevar al pecado, vg. abstenerse de ir a ver un espectáculo lícito que agrada, no comer un dulce o fruta que me atrae, saber hacer un favor al que me quiere mal, perdonar y orar por mis enemigos, como nos manda Jesucristo...

También debemos aprender de los santos a aficionarnos a la cruz y al sacrificio, combatir la ociosidad, frecuentar los sacramentos y darse a la oración humilde y perseverante, fomentar la devoción a la Virgen... y ante todo fortificar la voluntad, adquirir dominio de sí, carácter...; pensar que la vida es muy corta para merecer el cielo. Se vive una sola vez... y si hemos de lograr la vida bienaventurada para siempre, no debemos desperdiciar el tiempo en obrar el bien, y siempre con el auxilio de la gracia. (Véanse mis libros: *LAS ALMAS SANTAS,* y *JOVEN, LEVÁNTATE,* donde se exponen los medios para combatir las pasiones.)

CONCLUSION

Dios nos ha creado a todos para que seamos felices. La felicidad no se halla en este mundo, como lo hemos visto por los ejemplos de tantos pecadores convertidos que se han vuelto a Dios. Luego si la felicidad no está en las cosas de este mundo, necearíamente ha de estar en las cosas eternas, en las cosas que miran a Dios... «Nunca he sido tan feliz como el día que encontré a mi Dios». Solo Dios es el centro de la felicidad.

De los inocentes, de los que perseveran en la virtud y no ofenden a Dios, y también de los penitentes y arrepentidos es el reino de los cielos, que Dios tiene preparado para los que le sirven y le aman en esta vida.

«Estoy dispuesta a derramar toda mi sangre, decía la Santita de Lisieux, en prueba de que exise un cielo». La fe y la razón nos lo afirman también.

¿Queremos, pues, ganar ese cielo? Oigamos lo que nos dice el mismo Dios en los Libros Santos:

1) *El que quiera entrar en la vida eterna, que guarde los Mandamientos.* (Mt. 19, 17).

2) *Por muchas tribulaciones hay que entrar en el reino de los cielos.* (Hech., 14, 21).

3) *El reino de los cielos padece violencia y los que se la hacen a sí mismos lo obtendrán.* (Mt. 11, 12).

Amemos, pues, a Dios cumpliendo sus Mandamientos y suframos por Él, llevando con amor toda

clase de cruces y sufrimientos. Mediremos en la ETERNIDAD. El pensamiento de la eternidad nos moverá a salir de la tibieza y del pecado y nos ayudará a sufrir lo momentáneo del tiempo. Hagámonos estas reflexiones de los santos conocidos:

1) *¿Qué vale esto o qué aprovecha para la eternidad?*

2) *He nacido para cosas mayores...* No he nacido para el suelo que es morada de dolor, yo he nacido para el cielo, yo he nacido para Dios.

3) *Si no me hago santo de joven, jamás llegaré a serlo.*

Pidamos a la Santísima Virgen que es Medianera de todas las gracias que interceda por nosotros para salvarnos.

Imitemos a los que han emprendido el camino de la santidad y a los que ya son santos, y veamos que es camino asequible para todos.

Para aquirir la santidad, no perdamos ni un segundo de tiempo, la eternidad es bastante larga para descansar.

Yo, ¿para qué nací?
Para salvarme.
... ...
Loco debo ser, pues
no soy santo.

Sigamos la voz de la Iglesia y de sus verdaderos Ministros. A este fin, para terminar, referiré las palabras de la célebre convertida, que exhortaba como un apóstol a rudos campesinos:

«Todo cuanto os recomienda con tanta insistencia vuestro párroco es la única verdad de la vida. Hay por ahí algún desgraciado que piensa: «¡Bah!, ¿el cura

qué va a decir?» ¡Ay!, no es él sólo quien habla así; yo también os afirmo que lo único importante es salvar el alma. ¿Habéis pensado alguna vez en la condenación eterna..., sufrir la maldición divina, con tormentos horribles que no tendrán fin..., para siempre? ¡Qué horror! ¿Por qué dejé todo cuanto me halagaba: teatro, gloria, fortuna?

¿Y creéis acaso, que en medio de tanto bienestar, que a vosotros en vuestra pobreza, os alucinaría, que yo era feliz? No, la felicidad sólo la podemos encontrar en la paz de una conciencia tranquila... Además, es tan dulce amar a Jesús! Si conociéseis el placer de amar a Dios!»

«¡Qué felices fueron los santos! ¿Por qué no serlo igualmente nosotros?»

Procuremos ir por el camino de la santidad. Sólo hay unos seres felices: ¡LOS SANTOS!

L. D. et B. V. M.

INDICE

El por qué de estas páginas 3
Las almas en busca de la felicidad 5
El mundo se ríe 6
El centro de la felicidad 9
Causa de la transformación en las almas 13
Una conversión extraordinaria 19
La lucha de las almas en su conversión 23
Efectos de la gracia en las almas 27
Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia. – Pecadores santos 33
Dios espera a los pecadores y les ofrece el perdón 37
Mensaje de amor a los pecadores 41
La misericordia de Dios 45
No hay felicidad sin Dios 47
Los santos no nacen, se hacen 51
Alegrarse, amar, sufrir 55
Valor del sufrimiento 62
El ejemplo de Juan Pablo II 63
Mensaje del Papa enfermo 64
Para ser santo, véncete a ti mismo 66
Las bienaventuranzas propuestas por Jesucristo 68
Conclusión 71

OTRAS OBRAS DEL MISMO AUTOR

DICCIONARIO DE ESPIRITUALIDAD, bíblico teológico. Formato 12×17, con 366 pág.

Este es un libro que abarca muchos libros a la vez, pues es un arsenal de doctrina por los múltiples asuntos que van en el expuestos en orden alfabético y de forma ordenada y clara.

En su conjunto es un libro que comprende innumerables pensamientos bíblicos, patrísticos y filosóficos con diversidad de máximas y todos los temas de teología espiritual.

SANTA BIBLIA ILUSTRADA Y COMENTADA. Formato 19×26, con 356 pág. y más de 200 ilustraciones de Gustavo Doré, con fuerte encuadernación y plastificada. (Es una síntesis de todo lo más importante de la Biblia.)

Versión directa de los textos originales hebreo y griego y con amplios comentarios, especialmente en el Génesis y Santos Evangelios. Es una de las Biblias más asequibles para todos: a los mayores por sus comentarios, y a los niños por su método intuitivo.

LA BIBLIA MAS BELLA. Formato 15×18, con 180 pág. maravillosamente ilustradas a todo color y letra muy clara para niños pequeños. Encuadernación con pastas duras y plastificada.

EL CATECISMO MAS BELLO, con preciosos dibujos en colores y letra muy clara, para niños que se preparan para la primera comunión.

EL CATECISMO ILUSTRADO: Formato 18×26, con 160 pág. y más de 70 ilustraciones a todo color.

Este catecismo es considerado como el más asequible y completo, por la clara exposición de su doctrina y por los preciosos dibujos que impresionan y llaman poderosamente la atención de niños y mayores.

PEDRO PRIMER PAPA. Trata del primado de Pedro e incluye una lista de todos los Papas. 80 pág.

JESUS DE NAZARET, en 11×15, con 120 pág. Preciosa Vida de Cristo muy ilustrada.

NO PIERDAS LA JUVENTUD, consejos para los jóvenes de hoy. Muy interesante.

VAMOS DE CAMINO. Consideraciones sobre la vida presente, el tiempo, la eternidad.

MATRIMONIO. Destinado como preparación para recibirlo. Muy interesante pra los que se casan.

¿SERE SACERDOTE? Dedicado a los niños y jóvenes que puedan sentir la llamada de Dios.

MISIONES POPULARES. Serias consideraciones sobre las verdades eternas.

LOS TESTIGOS DE JEHOVA. (Su doctrina y sus errores. Otras sectas)...

FLORILEGIO DE MARTIRES (España 1936-1939).

EL PUEBLO PIDE SACERDOTES SANTOS, NO VULGARES. Precioso librito para regalar a los sacerdotes y a cuantos se preparan para recibir las sagradas órdenes.

LA CARIDAD CRISTIANA; mucho se habla de ella pero muy poco se entiende y aún menos se practica.

LOS GRANDES INTERROGANTES DE LA RELIGION, formato 15×21, con 128 pág.

¿Qué es la Teología? ¿Quién es Dios? ¿Qué es la Sagrada Escritura, la Divina Revelación, la tradición, la Iglesia? ¿Quién es Jesucristo? ¿Qué es la fe? ¿Qué hay más allá de la muerte? etc. Los temas básicos de la religión bien razonados y expuestos con claridad.

LA MATANZA DE LOS INOCENTES, (El aborto) y el problema del divorcio.

HISTORIA DE LA IGLESIA, los concilios, las herejías, los dogmas, los santos Padres y Doctores de la Iglesia, las persecuciones, las órdenes religiosas. Resumen histórico de fechas y de acontecimientos más importantes.

DIOS TE HABLA. Es un libro bíblico, hecho exclusivamente con palabras de la Biblia, y comprende muchísimos temas.

LA SANTA MISA, con 80 páginas (3.ª ed.). Libro que nos revela su valor y nos dice cómo la hemos de oir con provecho.

¿QUIEN ES JESUCRISTO? con 48 páginas. Todos creemos que el Jesucristo histórico, pero ¿cuántos le conocemos de verdad? Sin embargo, nada hay en el mundo tan importante como tratar de conocer a Jesucristo.

PECADOR, DIOS TE ESPERA, con 32 páginas. Si te encuentras alejado de Dios por tus pecados y quieres volver a El, lee este librito y verás cómo te llenas de esperanzas y corres a encontrarle. En él se realza la misericordia de Dios.

JOVEN, LEVANTATE. Este libro va destinado especialmente a los jóvenes y enseña cómo combatir las pasiones.

LOS ULTIMOS TIEMPOS, con 32 páginas. Las profecías de la Sagrada Escritura y varias de la Santísima Virgen y de algunos santos modernos, nos revelan que en estos tiempos Dios va a castigar al mundo con el mayor castigo que ha sufrido la humanidad.

ERRORES MODERNOS, con 32 páginas (2.ª edición). El socialismo marxista. El marxismo o comunismo, la masonería, el liberalismo, la democracia rouseauniana y la gran herejía del siglo, los cristianos por el socialismo.

¿POR QUE NO VIVIR SIEMPRE ALEGRES? (4.ª edición) con 160 páginas. Consejos y pensamientos para meditar que traerán a nuestras almas la más sana y verdadera alegría.

DE PECADORES A SANTOS. (2.ª edición) con 80 páginas. Ejemplos de almas decididas que habiendo sido pecadores una seria decisión las convirtió en grandes santos y enseña cómo podemos serlo todos.

LAS ALMAS SANTAS, según la doctrina de S. Juan de Avila. Compendia el **«Audi filia».**

EL GRAN VIAJE, ¿Dónde terminará? ¿Existe el infierno? las más importantes verdades expuestas con precisión y diáfana claridad.

PARA SER FELIZ, 7.ª edición de 32 páginas con **cien** puntos de meditación que te anunciará el verdadero camino de la felicidad.

ALGUNOS OTROS LIBROS DE ESTA EDITORIAL MUY ILUSTRADOS

VIDAS DE SANTOS EN VIÑETAS COMO TEBEOS

SAN ANTONIO DE PADUA, 146 pág.
SAN PEDRO DE ALCANTARA, 146 pág.
SAN FRANCISCO DE ASIS, 82 pág.
SAN ANTONIO M.ª CLARET, 150 pág.
SAN ANTONIO M.ª CLARET, 160 pág. en colores

COLECCION PIEDAD INFANTIL

Esta es una colección de Vidas de Santos y otros libritos piadosos para niños, ilustrados con preciosos dibujos a todo color. Estos son los títulos:
La Biblia del Niño,
Los Diez Mandamientos,
El Credo,
Los Sacramentos,
El Rosario,
Historia de Jesús,
La Virgen María,
San José,
Los Apóstoles,
Las Maravillas de Fátima,
Santa Bernardita,
San Francisco de Asís,
San Ignacio de Loyola,
San Francisco Javier,
Santa Teresita,
San Luis Gonzaga,
Santa Rosa de Lima,
Santa Inés,

Santos Justos y Pastor,
Dos Santos de la Eucaristí,
Todos los Santos,
Las Cruzadas,
Santa Rita de Casia,
La Virgen de Guadalupe,
La Virgen del Carmen,
La Virgen Milagrosa,
San Antonio de Padua,
Florecillas de S. Francisco,
Santa Juana de Lestonnac,
San Fernando Rey,
San Pedro Apostol,
San Pablo Apostol,
San Juan Bautista,
Santa Teresa de Jesús,
Santo Domingo y la
Virgen del Rosario
Santa Margarita Mª
de Alacoque y el Corazón
de Jesús.

Si no los encuentra en su librería puede pedirlos al **Apostolado Mariano** calle Recaredo, 34 Sevilla.